

Unidad 5

- Teotihuacan

- 5.1 El Nacimiento de una Ciudad.
- 5.2 El curso de los acontecimientos.
- 5.3 Los monumentos.
- 5.4 Arte y religión.
- 5.5 Expansión teotihuacana.
- 5.6 Zonas de influencia.
- 5.7 Estado e imperio.
- 5.8 La Ciudad y sus industrias.
- 5.9 La Vida Cotidiana.
- 5.10 Declinación.

III. TEOTIHUACÁN: EL NACIMIENTO DE UNA CIUDAD

UN NUEVO PRINCIPIO

Los olmecas dejaron huella en toda Mesoamérica. Otros pueblos habrían de construir sobre estas bases, como herederos de quienes inventaron la arquitectura ceremonial, la escultura monumental, la pintura mural y la escritura jeroglífica. La omnipresente cultura olmeca fue seguida por otras más diversas y regionales; de éstas sólo una, como veremos, habría de escapar de los moldes regionales para dejar su huella sobre las demás.

Los logros de los olmecas influyeron en dos tendencias claras: una nativa del fresco altiplano central y otra originaria de las tierras bajas del Caribe tropical. El altiplano, desde tiempos olmecas, ha producido formas artísticas dramáticas pero austeras; su arquitectura es geométrica, precisa y grandiosa, en tanto que la de la costa del Golfo y la de las tierras mayas es curvilínea y llamativa. Estos rasgos caracterizan a la gente de los dos territorios: los habitantes del altiplano tienden a ser reservados y taciturnos, mientras que los de la costa son alegres y extrovertidos, un contraste que todavía es visible en el México actual.

Las nuevas culturas, que florecieron aproximadamente del 200 a.c. hasta el 800 d.c., pertenecen a lo que se conoce como periodo "clásico". Este término continúa en uso incluso en obras especializadas, aunque los expertos han propuesto frecuentemente otros menos vinculados al contexto mediterráneo. El término "clásico" es muy adecuado para las culturas del altiplano, notables por su sobriedad y pureza de líneas; no obstante, también se emplea para describir al arte maya, más exuberante, de ese periodo.

Este libro está dedicado principalmente a las culturas clásicas del altiplano, cuya esencia está expresada en los centros ceremoniales hechos de tierra y piedra, y cubiertos de cal y estuco, muchos de los cuales se han conservado. Por lo común los edificios se construían según un plan preestablecido en torno a una o más plazas; la rigidez de líneas era aliviada mediante esculturas de piedra y murales pintados. Además de sus grandiosos grupos de templos, las culturas clásicas tienen otros rasgos comunes que son en parte una herencia olmeca: el culto de un panteón similar, pero no idéntico; el juego de pelota ritual; el uso de algún sistema de signos y jeroglíficos, y el desarrollo de una amplia red de comercio. Los pueblos de esta era genial estaban dedicados ostensiblemente más a las artes de la paz que a la guerra; sólo hacia su final adquirieron preeminencia los guerreros, al pasar del clásico al posclásico, que fue abiertamente militarista.

A pesar de las notorias diferencias entre las culturas regionales que siguieron a los olmecas, en diferentes aspectos todas fueron superadas por Teotihuacán. Los otros centros principales del altiplano, como Monte Al-

bán, por no decir nada de las tierras mayas, tuvieron su genio peculiar. No obstante, Teotihuacán predominó en la era clásica de Mesoamérica y en virtud de esta universalidad debe servir como tema central para describir el periodo. Las culturas que le fueron contemporáneas serán tratadas en el contexto de sus relaciones con la gran metrópoli.

Quienes viajan al México moderno con el fin de llegar a los sitios más lejanos y exóticos, fácilmente olvidan el singular papel de Teotihuacán en el florecimiento clásico. En tamaño no tiene rival, y durante su apogeo la ciudad cubría una superficie de 20 kilómetros cuadrados; más que su contemporánea, la Roma imperial. Aún hoy día es un lugar impresionante, con sus dos gigantescas pirámides y las solemnes hileras de plataformas para los templos. A los aztecas, que llegaron mil años después, estas ruinas les parecieron obra de gigantes, idea reforzada por su descubrimiento en las cercanías de huesos de mamut, extinguido desde hacía mucho tiempo, que confundieron con huesos de seres humanos.

Fray Bernardino de Sahagún explica que Teotihuacán significa "lugar en que los hombres se convirtieron en dioses" y afirma que siempre había sido el sitio en que se enterraba a los reyes. Esta idea era común en la época de la conquista española, cuando a la principal avenida se le conocía como Calzada de los Muertos, aunque es notoria la ausencia de tumbas.

La cultura olmeca logró sobrevivir en parte de su territorio principal casi hasta la era cristiana. Sin embargo, en casi todo el altiplano los últimos rasgos de su presencia desaparecen desde 600 a.c., después de lo cual ocurre una fase de transición conocida como preclásico tardío, caracterizada por plataformas bajas y figurillas sencillas de barro, así como por la ausencia de las formas de arte más elaboradas que los olmecas llevaron al México central.

El primer esfuerzo por terminar con este patrón rural y construir algo más que grandioso no fue hecho en Teotihuacán, sino en Cuicuilco. La catástrofe cayó sobre este sitio en el preciso momento en que Teotihuacán empezaba a ser importante; por lo tanto, en cierto sentido Cuicuilco es el precursor, aunque ahora ya no se sugiera que refugiados procedentes de este lugar fueron los fundadores de Teotihuacán, cuyos orígenes son más remotos. Cuicuilco se encuentra en un panorama desolado, formado por un manto irregular de lava negra que se originó cuando un pequeño volcán, de nombre Xitle, entró en erupción al principio de la era cristiana e hizo que Cuicuilco sufriera la suerte de Pompeya. El monumento principal, visible desde la carretera que sale de México hacia el sur, es una construcción redonda, aproximadamente de 17 metros de altura y 100 metros de diámetro, con tres andanas inclinadas interiormente de alturas diferentes; a su cima se llega por una rampa construida en el lado oeste y por una escalera del lado norte.* En las cercanías existen otras pirámides y altares,

* Según los planos del arquitecto Marquina, la escalera se encuentra en el lado oriental. [T.]

algunas de las cuales fueron excavadas en 1968 en el curso de los trabajos para la Villa Olímpica. En la actualidad, un nuevo suburbio de la ciudad de México cubre gran parte del complejo de Cuicuilco, cuyos detalles siguen sin conocerse.

El Valle de Teotihuacán es una extensión del Valle de México, que es mucho más grande. Su ubicación es estratégica, pues se encuentra sobre la ruta más fácil hacia el Valle de Puebla. Aunque el paisaje era menos árido que hoy en día, su suelo nunca fue muy fértil, excepto en el área irrigada por los brotes de agua. Hasta 1920 se conocía tan poco del sitio que todavía se pensaba que la cerámica teotihuacana era contemporánea de los aztecas, que florecieron mil años después. Ahora, sin embargo, las investigaciones detalladas ofrecen una visión profunda del desarrollo de la ciudad. El surgimiento de Teotihuacán, a partir de su condición de aldea, y su ascenso y caída en el curso de mil años, han sido trazados poco a poco en los informes del Proyecto Mapa de Teotihuacán, dirigido por el arqueólogo René Millon de la Universidad de Rochester. En el curso de esta gigantesca tarea, se creó un banco de datos computarizado que contenía 281 partidas separadas de información, referentes a cada uno de los 5 mil sectores en que se dividió la ciudad con ese propósito. Estos sectores no son cuadrados y rectángulos arbitrarios, sino que se les hizo corresponder tan estrechamente como fuera posible con las unidades arquitectónicas o con los espacios vacíos, como plazas y calles.

Este banco de datos computarizado es probablemente el mayor archivo de información arqueológica que se haya llegado a reunir. Se perforaron 50 000 tarjetas de IBM e implicó el estudio de más de un millón y cuarto de tiestos y objetos. Después de esta tarea, surgió una imagen más clara de la forma en que la ciudad llegó a su grandeza y finalmente decayó. Un rasgo sobresaliente de este trabajo fue la recolección de grandes cantidades de material perteneciente a las primeras etapas de la existencia de la ciudad; esto hizo posible reconstruir su superficie.

En consecuencia, Millon y sus colegas, lejos de presentar la imagen tradicional estática de las glorias pasadas, han estudiado las silenciosas piedras de Teotihuacán de tal manera que pudieron reconstruir su historia. Esto pocas veces se ha logrado en las investigaciones del Viejo Mundo, donde la tarea de dar vida a una antigua cultura frecuentemente fue auxiliada por textos que se podían descifrar. Hace una generación, sólo se hubiera podido escribir de Teotihuacán en un sentido descriptivo, más que histórico. Ahora, no obstante, cuando menos en lineamientos generales, podemos reconstruir su pasado desde el principio hasta el colapso final, en tanto que el trabajo en otros lugares ha revelado el grado de su influencia en el resto de México. Los arqueólogos mexicanos han restaurado y revitalizado el sitio y en el curso de su trabajo descubrieron pinturas murales en una plancha que por lo menos ofrece una base para estudiar su religión.

Sin embargo, queda en duda si alguna vez lograremos saber mucho, o algo, de los gobernantes que dirigieron su destino. Sus nombres y hazañas

no fueron registrados y, si no se llega a contar con textos amplios, el arqueólogo no tendrá forma de conocerlos. Como resultado, la historia de Teotihuacán continúa anónima.

EL CURSO DE LOS ACONTECIMIENTOS

Ahora se ha descubierto que Teotihuacán tuvo una fase prehistórica, o premonumental. En este periodo, aproximadamente de 600 a 200 a.c., el sitio de la futura ciudad era el hogar de pequeños grupos de aldeanos agricultores y todo el valle tenía una población que quizá ascendía a 6 mil habitantes. Estos aldeanos labraban la tierra y podían complementar su dieta básica con pescado y otros productos del cercano lago de Texcoco, así como con animales cazados en los campos escasamente poblados.

La última parte de esta fase de gestación presenció la creación de una aldea muy grande, que cubría 6 kilómetros cuadrados, principalmente en la zona noroeste de la futura ciudad; más que un pueblo, era un conglomerado de pequeñas construcciones separadas por espacios abiertos. Se erigieron modestas estructuras de piedra, de las cuales unas pocas estaban en el sitio del futuro eje principal, la Calzada de los Muertos. Además, los arqueólogos encontraron indicios de una naciente industria de la obsidiana, que fue tan importante en tiempos posteriores, y localizaron cuatro talleres de obsidiana en esta gran aldea. Hacia 200 a.c., el perímetro de Teotihuacán ya albergaba a cerca del 20% de su población futura y esta parte de su historia, antes ignorada, ahora es considerada importante.

Antes de que se llegara a reconocer esta fase aldeana, la historia de la ciudad ya había sido dividida en cuatro etapas o eras, a las que en forma prosaica se les llamó Teotihuacán I, II, III y IV. En aras de la sencillez prefiero utilizar esta terminología, usada tradicionalmente por los arqueólogos mexicanos, aunque los estadounidenses tienen una nomenclatura diferente, en ella la fase Tzacualli corresponde aproximadamente a Teotihuacán I, Miccaotli y Tlamimilolpa a Teotihuacán II, Xolalpan a Teotihuacán III y Metepec a Teotihuacán IV. En la actualidad, los especialistas tienden a utilizar estos nombres, más bien largos y difíciles de memorizar.

Teotihuacán I va de 200 a.c. al principio de nuestra era y marca el nacimiento de una verdadera ciudad. A finales de Teotihuacán I residían en ella cuando menos entre 40 000 y 50 000 habitantes, la mayoría de los cuales vivía en la parte noroeste de su perímetro final. Durante este periodo, la población del campo circundante empezó a disminuir, como parte de una política deliberada de concentrar a la gente dentro de los límites urbanos. El surgimiento de una verdadera ciudad produjo en el modo de vida de la región, un cambio tan revolucionario como el que ocurrió cuando la gente empezó por primera vez a cultivar la tierra y a vivir en pequeñas aldeas.

Durante Teotihuacán I, la ciudad tomó su forma definitiva, basada rigidamente en el eje formal norte-sur de la Calzada de los Muertos. Esta

columna vertebral no sigue exactamente una orientación norte-sur, sino una línea con una desviación de 15°30' del norte, hacia el este. Las razones de los diferentes ángulos de desviación del norte verdadero en tantos sitios mexicanos han sido objeto de innumerables polémicas. Teotihuacán, al igual que Cholula, Tula y el principal templo de Tenochtitlán, pertenece a una "familia" que comparte una orientación similar pero no idéntica. En el caso de Teotihuacán, la teoría de que los edificios están orientados hacia el punto en que se pone el Sol durante el día más largo del año ha sido descartada por ser incorrecta. Se ha sugerido que probablemente la Calzada de los Muertos fue orientada hacia el punto en que se ponían las Pléyades, aunque es difícil determinar con exactitud en dónde se perdía de vista la constelación en esa época sobre el horizonte occidental, cuyos contornos pueden no haber sido idénticos a los de hoy en día.

Este primer periodo urbano fue importante, ya que presenció la construcción de los edificios más espectaculares de todos: las pirámides del Sol y de la Luna; al menos así las llamaron los aztecas ante los españoles, aunque es probable que no estuvieran dedicadas realmente al culto del Sol y de la Luna, que aparecen muy poco en las formas artísticas de Teotihuacán.

La Pirámide del Sol fue una empresa ininterrumpida, en comparación con el proceso más paulatino de ampliaciones a partir de un núcleo pequeño, común en muchos monumentos mexicanos. En 1935 se excavó un túnel de 110 metros que siguió su eje, y se demostró que la gran masa fue construida con grandes bloques de adobe en un solo esfuerzo constructivo; únicamente contenía una estructura más antigua y más pequeña.

En total, se han identificado 23 complejos de templos que corresponden a Teotihuacán I, cada uno formado por tres templos construidos en torno a un patio cerrado; a veces una plataforma baja cierra el cuarto lado. Estos complejos, característicos del México central, son de proporciones modestas en comparación con las pirámides del Sol y de la Luna. Muchos están ubicados a lo largo de la Calzada de los Muertos, que entonces estaba en construcción. La mayor parte del perímetro final de la ciudad ya estaba poblado, aunque ligeramente, y en la zona noroeste existía un verdadero pueblo de tres kilómetros cuadrados. La construcción durante Teotihuacán I tuvo tal importancia que sugiere un gran centro, no sólo comercial sino también religioso.

El periodo siguiente, Teotihuacán II, va del comienzo de nuestra era a 350 d.c., y presenció el progreso de la ciudad-Estado hasta convertirse en una metrópoli con ramificaciones más amplias. La nueva actividad constructora se concentró en la parte meridional de la ciudad, más allá de la Pirámide del Sol. El monumento más notable de este periodo es el Templo de Quetzalcóatl, famoso por su fachada esculpida. El gran complejo en el lado opuesto de la Calzada de los Muertos, probablemente el mercado principal, también corresponde a esta época. Además, se terminaron la Pirámide de la Luna y la plaza que está enfrente de ella.

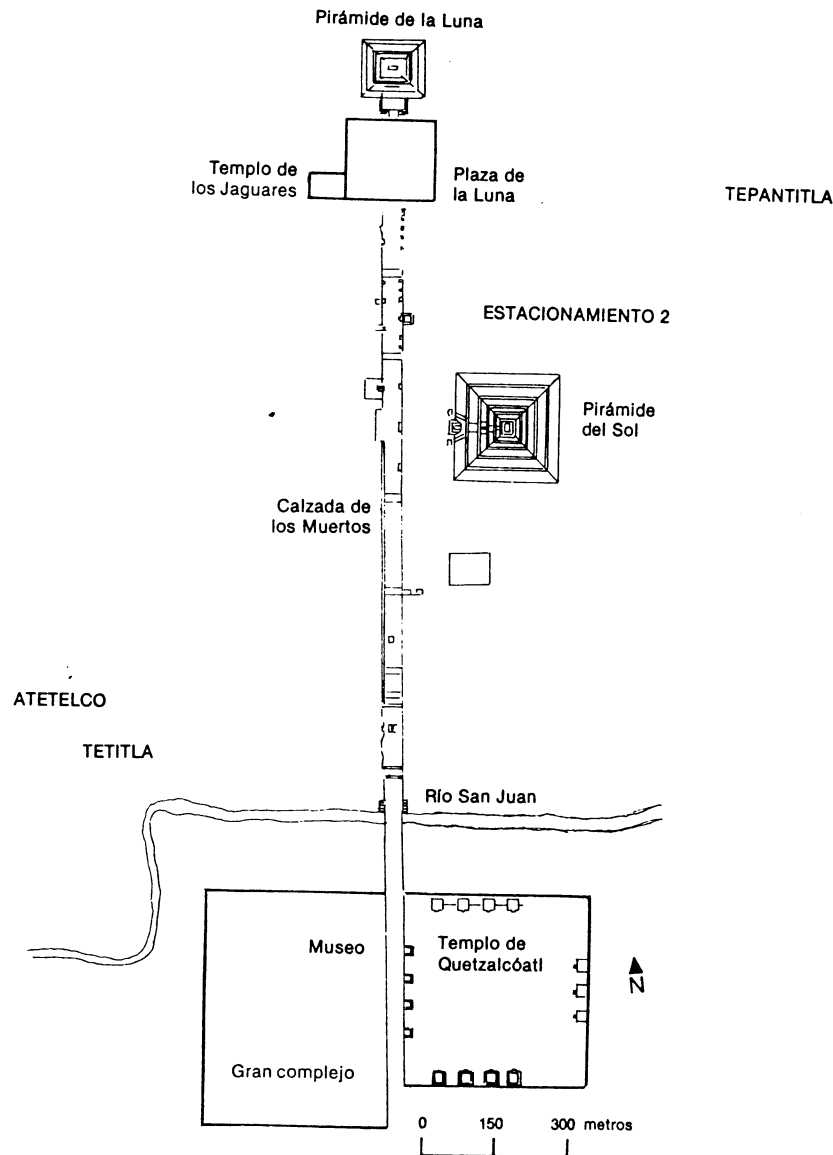


FIGURA 12. Plano de Teotihuacán

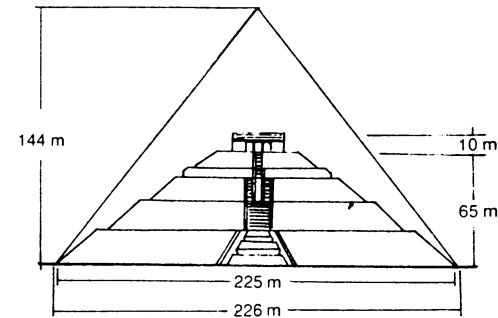


FIGURA 13. Pirámide del Sol en Teotihuacán comparada con el perfil triangular de la Pirámide de Keops en Egipto

Teotihuacán no sólo se había convertido en una gran ciudad que ejercía influencia en todo el México antiguo, sino que empezó a atraer grupos de gente de otras regiones. Sus límites ya cubrían su área máxima de 20 kilómetros cuadrados y la traza rigurosamente planeada de la ciudad tomó su forma final. Teotihuacán parece haber seguido una especie de plan maestro, que necesitó varios siglos para cumplirse y que quizás estuvo sujeto a modificaciones ocasionales de tiempo en tiempo.

Teotihuacán II fue notable por su escultura monumental y por su arquitectura. Además, se popularizó un nuevo tipo de cerámica conocida como "anaranjado delgado", manufacturada con un barro fino anaranjado, pulido, y a la que se llamó así porque a veces es tan delgada como un cascarón de huevo. Copas, cuencos y vasijas-efigie que representan hombres y animales, hechos con este material, han sido encontradas en toda Mesoamérica, a veces muy lejos de Teotihuacán; de aquí su importancia como indicador de la extensión de la influencia de esta ciudad. Entre los mejores ejemplos de la cerámica de Teotihuacán están las vasijas cilíndricas trípodes, con frecuencia con tapadera coronada por una figura de pájaro. Muchas de estas vasijas trípodes están decoradas con un relieve muy aplanado, aunque las mejores son las cubiertas con estuco y pintadas con escenas religiosas, de manera similar a los murales.

Estas vasijas recuerdan en cierta medida a las de bronce de la dinastía Han de China, contemporánea de esta fase de Teotihuacán, y este parecido ha ocasionado que se sugiera que el diseño es de origen chino, aunque es más probable que se deba a una mera coincidencia. Como expliqué detalladamente en otro libro, *Voyagers to the New World: Fact and Fantasy*, en esta época los chinos no tenían barcos que pudieran llegar a México. Libros enteros se han dedicado a demostrar que la civilización mexicana fue traída de China o de alguna otra región del sureste de Asia, pero la idea de que los mandarines chinos dirigieron la construcción de Teotihuacán es pura fantasía. La ciudad no tiene semejanza en ningún lugar

de Asia. Además, es evidente que los chinos no tenían motivo para llegar a México; aunque desde el año 10 d.c. desembarcaron ejércitos en Corea, no llegaron al Japón sino hasta 552 d.c., a pesar de que hay islas desde las cuales se puede ver Japón y Corea en días claros.

Teotihuacán III (350 d.c. a 650 d.c.) es la época en que la ciudad alcanzó el apogeo de su poder y su población ascendió a una cifra de casi 200 000 habitantes. Se construyeron numerosos monumentos y las ruinas que vemos hoy en día, a menudo construidas sobre otras más antiguas, pertenecen en su mayor parte a este periodo. Incluso el Templo de Quetzalcóatl, construido en el periodo anterior, fue cubierto por un edificio más grande y menos ornamentado. Se añadieron estructuras de Teotihuacán III a la Pirámide de la Luna, en armonía con la imponente plaza de esta época que se encuentra enfrente.

Muchas de estas construcciones fueron restauradas durante el programa de trabajo que llevó a cabo el Instituto Nacional de Antropología entre 1962 y 1964, bajo la dirección de Ignacio Bernal. La magnitud de este gran proyecto ha hecho posible que el visitante de hoy en día se quede cuando menos con una impresión de la antigua grandeza de la ciudad. Durante estas excavaciones también se descubrieron numerosas pinturas murales que en su mayoría pertenecen a Teotihuacán III. La parte noroeste de la ciudad continuó siendo la más densamente poblada, pero sufrió menos modificaciones que el resto y por lo tanto a veces se le llama "ciudad vieja".

La fase final, Teotihuacán IV, empezó en 650 d.c. y fue mucho más breve que los dos periodos precedentes, pues apenas duró un siglo. Al final, los principales edificios fueron quemados y destruidos con violencia.

Después de esta catástrofe ocurrió un colapso de la ciudad —por razones que se estudiarán después— y pronto se redujo a unos cuantos miles de ocupantes que vivían con desorden entre las ruinas. La población fue dispersada, en vez de masacrada, y el valle circundante se continuó cultivando intensamente; se han encontrado muchas aldeas, la mayoría muy pequeñas, que pertenecen al siguiente periodo tolteca. Hacia la época de los aztecas, la capital de la región era el poblado de Otumba. El perímetro de Teotihuacán no fue abandonado del todo, y se sabe que cuatro aldeas que actualmente se localizan dentro de la zona arqueológica ya existían en el periodo inmediatamente anterior a la conquista. Según una relación, en esos años había una estatua de piedra en lo alto de la Pirámide del Sol; la misma relación indica que el emperador Moctezuma II y sus sacerdotes hacían ofrendas en este altar. Sea o no cierto, los arqueólogos descubrieron un pequeño santuario, asociado con cerámica azteca, enfrente de la Pirámide del Sol.

LOS MONUMENTOS

Teotihuacán, lejos de ser típico, difiere en forma notable de otros sitios mexicanos. La mayoría de éstos tenían poblaciones pequeñas. Aunque son

descritos por lo común como centros ceremoniales, muchos están formados por un solo grupo de monumentos en torno a una plaza principal. En cambio, Teotihuacán está construido con una idea mayor, con su largo eje central e infinidad de palacios y patios.

En la actualidad sólo están a la vista los restos desgastados de la antigua metrópoli. Carece de la exuberante vegetación de los centros mayas, o de las vistas impresionantes de los sitios ubicados en lo alto de los cerros, como Monte Albán. A pesar del imponente concepto, la vista de las pirámides y plataformas monocromas plantea un desafío a la imaginación del visitante, que es difícil enfrentar sin un conocimiento básico de las glorias pasadas de la ciudad.

Ningún relato sobre Teotihuacán estaría completo sin una descripción de su centro monumental. Limitaré ésta a los edificios más importantes, y añadiré algo más sobre las construcciones comunes y su disposición al escribir acerca del modo de vida del ciudadano ordinario.

Si el tiempo lo permite, la mejor forma de conocer Teotihuacán es pasar la noche en el Hotel Villa Arqueológica y visitar el sitio a una hora razonablemente temprana, antes de que se llene de turistas conducidos por guías que dan rienda suelta a su imaginación para embellecer el pasado.

A medida que uno se acerca al sitio por la carretera principal, se puede distinguir desde lejos su monumento más grande, la Pirámide del Sol, aunque su masa, construida por los hombres, puede confundirse con los cerros naturales, de los cuales difiere poco en forma y color ahora que está despojada de su estuco y pintura.

Esta ciudad planificada tenía como centro un eje principal, la Calzada de los Muertos. En realidad no es una calzada, ya que su parte central consiste en una serie de plazas rectangulares, separadas entre sí por escaleras construidas para superar el desnivel de sur a norte; tampoco tiene mucha relación con los muertos, pues son pocos los entierros que se han encontrado en ella. La Pirámide de la Luna domina el extremo septentrional de la Calzada; más al sur pasa a un lado de la Pirámide del Sol, de la cual está separada por una amplia plaza, y, después de cruzar el río San Juan, la Calzada llega al complejo que se conoce como "La Ciudadela".

Al norte de La Ciudadela, hasta la Pirámide de la Luna, una hilera de importantes edificaciones flanquea la Calzada de los Muertos, de la cual arrancan calles más pequeñas que llevan a conjuntos de muchas viviendas. Aunque no tiene tumbas, en esencia era una *vía sacra*, diseñada para impresionar a quien la contemplara y hacerle percibir el poder y gloria de los dioses de la ciudad.

El estilo de los edificios principales, excepto el de los más grandes, las dos pirámides, es muy uniforme. En la serie de plataformas a lo largo de la Calzada de los Muertos el motivo dominante es una base inclinada (*talud*), rematada por un plano vertical (*tablero*). Estos tableros, que se sobreponen uno sobre otro, comúnmente estaban pintados y eran, por lo tanto, imágenes monumentales enmarcadas en piedra. El estilo de la archi-

ectura, tan típico de Teotihuacán, sirvió como modelo a innumerables pirámides en otros sitios; en cada lugar la relación entre la parte inclinada y la vertical se modificaba de tal manera que presentara un perfil característico a quien la observara.

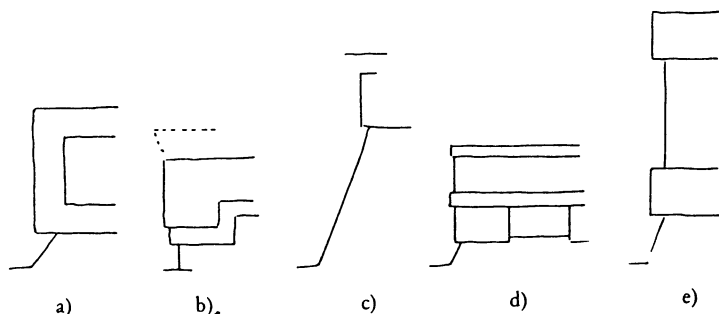


FIGURA 14. Perfiles típicos del talud-tablero de los templos

El núcleo de casi todos los templos y plataformas fue hecho con una piedra porosa y roja, resistente al clima y de poco peso. Pero, como ocurre con toda la arquitectura de Mesoamérica, esta roca quedaba oculta por la

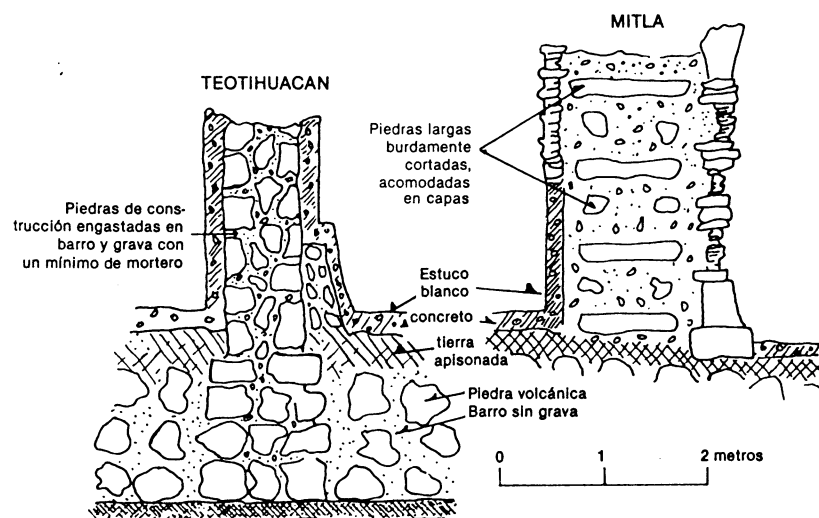


FIGURA 15. Comparación de los métodos de construcción de muros en Teotihuacán y Mitla, Oaxaca. Se muestra el núcleo del muro con piedras colocadas con grava y cubiertas con una capa de estuco blanco

siempre presente capa de estuco. Aunque se necesitaron grandes cantidades de piedra caliza para hacer el estuco, en Teotihuacán no se ha localizado ninguno de los hornos utilizados con este fin.

El rasgo sobresaliente de Teotihuacán, la Pirámide del Sol, es la construcción más alta del México antiguo fuera de las tierras mayas. Su base casi cuadrada (222 por 225 metros) es tan grande como la de la Pirámide de Keops en Egipto, aunque no sea tan alta. Al igual que en Egipto, los edificios más antiguos son los más grandes. Don Carlos de Sigüenza, que nació en 1645, realizó la primera excavación arqueológica en México al excavar en la base de la pirámide. En el siglo siguiente, en 1746, el anticuario italiano Lorenzo Boturini hizo un plano del monumento y anotó que había encontrado indicios de las excavaciones de Sigüenza; todavía supuso que la construcción era hueca. Eventualmente, en 1908, Leopoldo Batres excavó y restauró la pirámide, aunque con un método drástico en extremo pues incluso utilizó dinamita para eliminar una estructura en el lado sur, de la cual aún quedan algunos restos.* Las grandes piedras que se proyectan desde este flanco sostenían esta estructura exterior; no servían, como se considera con frecuencia, para detener la capa de estuco.

El monumento, tal como lo vemos ahora, está formado por cinco grandes cuerpos constituidos por taludes escalonados. Estas paredes inclinadas, construidas antes de que se desarrollara el patrón común, no sostienen ningún tablero. El interior está formado casi en su totalidad por barro seco, cubierto en el exterior con piedras cortadas pero no talladas. Debido a su gran altura, es diferente de las edificaciones posteriores en otro aspecto: la escalera que conduce a la cima está dividida en secciones, separadas por plataformas planas que también sirven para dar al visitante moderno la oportunidad de descansar sus agotadas piernas antes de terminar de subir hasta la parte más alta. Tiene en común con otras estructuras mexicanas de su tipo, que no es una verdadera pirámide como las de Egipto, sino un cono truncado que no terminaba en punta, sino en un espacio plano donde estaba ubicado el templo del dios. Estos templos también estaban hechos de piedra, pero con frecuencia su techo era de paja.

El otro gran montículo, contemporáneo de la Pirámide del Sol, es conocido como Pirámide de la Luna, que afortunadamente escapó de la escuadra de demolición de Batres. También consta de cuatro grandes plataformas en talud que antiguamente sostuvieron un templo en su cima. Tiene 35 metros de altura, pero como está construida en terreno más elevado que la Pirámide del Sol, que es más alta (64 metros), sus cimas quedan en el mismo nivel.

Exactamente enfrente de la pirámide está la Plaza de la Luna, una serie

* Batres no encontró el arranque de los taludes y desmontó parte de la base, con lo que redujo sus dimensiones. "Recientemente ha sido posible encontrar el principio de los taludes, principalmente en los ángulos, lo que ha permitido conocer su forma y sus dimensiones originales". Véase Ignacio Marquina, *Arquitectura prehispánica*, INAH, México, 1964, p. 69. [T.]

formalista de 12 plataformas que merece figurar entre las más refinadas plazas del mundo. Al igual que las que están frente a la Pirámide del Sol, estas plataformas fueron contruidas mucho después que la estructura principal, en una época en la cual el patrón del talud-tablero ya estaba firmemente establecido. La Pirámide del Sol puede impresionar por su mero volumen, pero el atractivo de este monumento más pequeño es más delicado. Hacia la tarde, el juego de sombras sobre su fachada refleja el vigor y refinamiento de este temprano estilo.

El Templo de Quetzalcóatl pertenece a Teotihuacán II; data aproximadamente de 200 d.c. y, por lo tanto, también se encuentra entre las primeras construcciones de una ciudad que habría de prosperar durante otros cinco siglos. Situado en el gran patio hundido que se conoce como La Ciudadela, al sur de la Pirámide del Sol y en el mismo lado de la Calzada de los Muertos, permaneció enterrado bajo una estructura posterior, que fue desmontada en parte por Manuel Gamio durante su importante trabajo en el sitio, de 1917 a 1922. La fachada occidental, que es todo lo que resta del templo original, es única entre los monumentos del México antiguo. Construida durante los primeros días del talud-tablero, consiste en seis tableros de piedra finamente cortada, separados entre sí por un talud muy corto; sólo se conservan los cuatro cuerpos inferiores. En el centro de esta fachada está una escalera enorme, cuyas barandillas están decoradas con cabezas de serpiente esculpidas en bulto, otro rasgo que habría de ser copiado en muchos sitios. Los tableros verticales tienen dos motivos que se alternan: el primero es una gran cabeza de serpiente en piedra, estilizada y sin embargo realista, que surge de un collar circular de plumas rígidas distribuidas con uniformidad, a manera de pétalos; el segundo es todavía más estilizado y muestra los ojos con los característicos círculos del dios Tláloc. Estos motivos están esculpidos como si flotaran en agua, entre conchas, y aún pueden verse restos de pintura en ellos. En lo alto de la estructura que cubrió posteriormente a esta fachada se encontró una gruesa capa de conchas, debajo de la cual se colocaron huesos y cráneos humanos, junto con muchas piedras de jade pequeñas y otros objetos.

En 1980, el Instituto Nacional de Antropología inició un nuevo gran proyecto, bajo la dirección del arqueólogo mexicano Rubén Cabrera. Al mismo tiempo que se realizaban importantes trabajos en dos complejos palaciegos al oeste de la Calzada de los Muertos, otro de los principales objetivos era realizar nuevas investigaciones y restaurar La Ciudadela. Se exploraron en su totalidad los dos grandes edificios que están a cada lado del Templo de Quetzalcóatl, y se encontraron cuartos más grandes que los habituales, con lo que refuerza la idea de que estas estructuras sirvieron como centro administrativo de la ciudad.

Además, se estudió un gran complejo o plaza en el lado norte de La Ciudadela, a la que está unida por una escalera descubierta recientemente. Se encontraron edificios circulares de un tipo desconocido hasta entonces en Teotihuacán. El hallazgo más fascinante que se hizo en este complejo, en

1981, es una gran ofrenda de moldes para hacer figurillas de barro ceremoniales, vestidas con ornamentos y tocados muy elaborados. El complejo incluía sin duda un taller muy especial que no producía cerámica doméstica, sino que se especializaba exclusivamente en objetos utilizados en el centro ceremonial del cual formaba parte. Los muros exteriores del complejo muestran con claridad que se le hicieron muchas superposiciones, rasgo que se pensaba dejar a la vista después de terminar el proyecto.

El rival en escultura más cercano al Templo de Quetzalcóatl es el Palacio de la Mariposa-Quetzal (Quetzalpápatl), restaurado en los sesenta. Está situado detrás de una gran plataforma en el lado occidental de la Plaza de la Luna y se llega a él a través de un patio formado por 12 pilares cuadrangulares, que tienen relieves en piedra de gran contenido simbólico y están adornados con criaturas que en parte son pájaros y en parte mariposas, de las que el palacio tomó su nombre actual. Las mariposas son inconfundibles, pero los pájaros parecen más búhos que quetzales. Una vez que se restauraron las partes derrumbadas de los pilares, los arqueólogos pudieron calcular su altura y la del techo del "claustro" para completar la única reconstrucción de un edificio techado en el México central.*

El palacio es el mejor ejemplo que se ha conservado de la arquitectura de Teotihuacán III, al que pertenecen tantos de los principales monumentos. Cubrió una estructura más antigua, conocida como Templo de los Jaguares, nombre que se derivó de su pintura mural en la que aparece un felino. Al igual que la fachada del Templo de Quetzalcóatl, esta joya artística fue simplemente enterrada con un edificio posterior.

En tanto que las cabezas de serpiente del Templo de Quetzalcóatl y los pilares del Palacio de la Mariposa-Quetzal pueden verse *in situ*, otras dos figuras gigantescas, aunque retiradas de su ubicación original, pueden ayudar a formar una idea de la grandeza de la escultura de la ciudad. La más famosa es la gran escultura que en la actualidad se encuentra en la entrada del Museo Nacional de Antropología. Hasta hace algunos años, permanecía unida a la roca en que fue esculpida, a unos 20 kilómetros al sur de Teotihuacán, probablemente debido a que sus escultores carecían de los medios para trasladarla hasta el sitio deseado.** Para llevarla a la ciudad de México, más de un milenio y medio después, se tuvo que traer un remolque especial desde Texas. A la figura se le conoce como Tláloc, pero es más probable que se trate de su hermana, la diosa del agua terrestre, ya que lleva una falda poco viril. En el Museo Nacional de Antropología hay otra estatua de la diosa del agua, de tres metros de altura, que fue encontrada cerca de la Pirámide de la Luna en 1860, y que impresiona por su grandioso diseño y delicado detalle. Estas esculturas son estrictamente arquitectónicas y adap-

* En realidad hay otros, como el templo que se reconstruyó en la Pirámide de Santa Cecilia, cerca de Tlalnepantla, pero sin duda ninguno de la magnitud del edificio de Teotihuacán. [T.]

** Se encontraba en las cercanías de Coatlinchán, cerca de la carretera México-Texcoco. [T.]

tan la figura humana a formas geométricas, en armonía con la esencia de la construcción del Teotihuacán clásico: el invariable patrón del talud-tablero.

Los canteros de Teotihuacán también esculpieron innumerables máscaras,

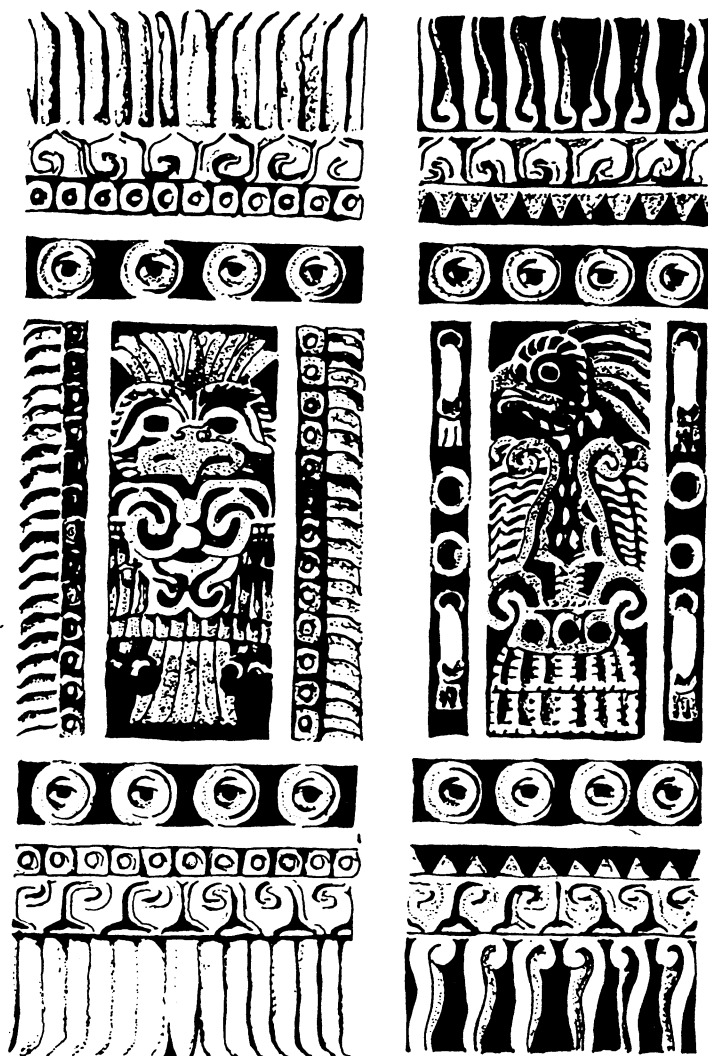


FIGURA 16. Columnas con representaciones de aves en el Palacio de la Mariposa-Quetzal, Teotihuacán

cuya función fue aparentemente la de constituir ofrendas votivas, aunque no se han encontrado tumbas de importancia. El estilo de las primeras máscaras está relacionado con el de la era olmeca; las últimas presentan una silueta más triangular, con ojos horizontales estrechos, labios delgados y boca entreabierta. Los aztecas también fueron grandes fabricantes de máscaras, debido a lo cual la tradición persistió desde el principio hasta el fin de la civilización prehispánica.

ARTE Y RELIGIÓN

En su escultura formalista, Teotihuacán nunca superó a los olmecas. Sin embargo, en el arte de la pintura mural no tuvo rival. Casi todas las superficies de pared que se han excavado estuvieron cubiertas en alguna ocasión con figuras y signos complejos. Hasta ahora se han descubierto total o parcialmente cuarenta estructuras con pinturas, y se han encontrado 350 murales, en su mayoría en la parte inferior de los muros. Éstos representan sólo una parte del total original, que quizás llegara a decenas de miles y que continuamente eran reparados o vueltos a pintar.

Para entender la ciudad es básico conocer algo de su arte mural y de lo que representaba. En términos de habilidad pura, esta escuela de pintura del Nuevo Mundo puede compararse con la de Florencia en Europa, aunque sus obras maestras estén mal conservadas. Además, lo interesante de esta pintura no se limita a sus cualidades estéticas, ya que es nuestra única guía, sin importar lo poco exacta que pueda ser, para conocer la naturaleza de los dioses que rigieron al cosmos clásico. A diferencia de Italia, donde en su mayor parte los frescos están confinados en las iglesias, claustros y palazzi, los de la metrópoli mexicana formaron un escenario para las vidas de ricos y pobres por igual, ya que no sólo se les encuentra en los muros de templos y palacios, sino también en los complejos de cuartos en que vivían y trabajaban los ciudadanos comunes. Adornaron edificios tanto en el centro como en las afueras de la ciudad.

Estos murales, lejos de ser enterrados como ofrendas a semejanza del jade olmeca, eran pintados para los vivos. Teotihuacán era una ciudad pintada y esas pinturas fueron la esencia de su ser. Nos hablan no sólo de su religión, sino también de sus costumbres, ceremonias, vestidos y adornos. Por ellas sabemos, por ejemplo, que se jugaba una versión del juego de pelota, aunque no se hayan encontrado los lugares en donde se practicaba. Según una figura, la pelota era impulsada con garrotes en vez de con el cuerpo, que era lo común en otras partes.

El historiador de arte mexicano, Miguel Covarrubias, describió adecuadamente la pintura de Teotihuacán como austera y distinguida, alegre y graciosa, e intensamente religiosa. Muchos temas están relacionados con la naturaleza: agua y montañas, árboles, frutas, flores, maíz, cacao, mariposas,

lechuzas y otros pájaros, conchas, caracoles, jaguares, coyotes, serpientes y armadillos. También abundan las formas y siluetas abstractas, muchas de las cuales representan tocados, máscaras bucales, colmillos y lengua del poderoso Tláloc: otras derivan de versiones estilizadas de las garras del jaguar o de otros animales.

Los murales están pintados con un estilo nativo característico, sin utilizar la perspectiva. El espacio se representa al colocar a los objetos más distantes arriba y los más cercanos abajo. Al igual que en el arte egipcio, con frecuencia se muestra a los dignatarios principales con un tamaño mayor que el de otras personas. Las pinturas son anónimas y la mera idea de que un artista debía firmar su obra les habría parecido grotesca a los antiguos mexicanos, porque pertenecían a los dioses, no a los artesanos que las creaban.

Los primeros murales importantes fueron descubiertos por Leopoldo Batres a finales del siglo XIX, en un edificio al que llamó Templo de la Agricultura. Desde entonces ya casi desaparecieron y sólo nos quedan las copias del propio Batres. Como el nombre del templo lo indica, muestran una gran variedad de productos que son ofrecidos a los dioses. En la parte inferior, como ocurre en muchos casos, había olas de color azul turquesa; encima, se mostraban varias figuras que llevaban sus ofrendas, apiladas enfrente de ellas en dos montones y de las cuales salían espirales de humo.

El arte de la pintura mural alcanzó su apogeo entre 450 y 650 d.c., cuando la influencia cultural de Teotihuacán se dejaba sentir en todo México. La más famosa de todas es la pintura de Tepantitla, descubierta en 1942 en un palacio o residencia situado a corta distancia atrás de la Pirámide del Sol. Sólo se conserva parte del mural original, pero en el Museo Nacional de Antropología de la ciudad de México puede verse una copia reconstruida que lo muestra en su totalidad. En la parte superior hay dos pinturas de Tláloc, con una sobresaliente corona de follaje repleta de símbolos del agua, pájaros y flores. El dios preside otra escena en la parte inferior, tan animada que se asemeja a los dibujos de una historieta; pintadas sobre un fondo rojo, una gran cantidad de diminutas figuras humanas juegan agrupadas en torno a una montaña, en la que crecen árboles tropicales y de la que brotan dos ríos. Estas pequeñas gentes realizan una gran variedad de actividades: se bañan, cortan flores, descansan bajo los árboles, pescan en los ríos, bailan y cazan mariposas tan grandes como ellos mismos. De sus bocas surgen volutas estilizadas de habla, como si gritaran o cantaran.

Debido a que tal escena está llena de elementos acuáticos, el arqueólogo mexicano Alfonso Caso la llamó Tlalocan, el lugar que en la posterior leyenda azteca sería el paraíso de Tláloc como dios de la lluvia; entonces se le concebía como el lugar en donde se formaban las nubes y se reunían las almas de los muertos. Estaba reservado a los elegidos del dios de la lluvia: los que morían ahogados, de epilepsia o de enfermedades venéreas.

El antropólogo Peter Furst interpreta esta escena llamada paraíso de una manera muy diferente, y sugiere que el gran árbol encima de la deidad

frontal no es un símbolo de la vegetación, sino que representa a la maravilla, enredadera cuyas semillas alucinógenas eran consideradas divinas por los aztecas y que todavía hoy en día son utilizadas para producir un estado de éxtasis. Para Furst y algunos otros, la figura central no es Tláloc o alguna otra deidad masculina, sino una diosa de la tierra y de la fertilidad.



FIGURA 17. Jugador de pelota en el mural de Tláloc, Tepantitla

La mayoría de los visitantes ven el mural de los jaguares que se encuentra en el recorrido usual de los turistas. Sin embargo, no a muchos los llevan al mural del "Tlalocan" y son aún menos los que pueden ver las otras dos grandes series de pinturas. En la primera de éstas, Tetitla, que se encuentra algo alejada hacia el oeste de los monumentos principales, hay cuatro representaciones del dios Tláloc también con un enorme tocado de plumas. La parte superior de su cara toma la forma de un pájaro, debajo de la cual sobresalen los colmillos blancos característicos del dios. De sus manos caen gotas de agua y otros símbolos de fertilidad, como semillas. El interés de Tetitla no está limitado a sus murales; también es un ejemplo soberbio de un complejo palaciego, dividido en un verdadero laberinto de patios, templos y cuartos pequeños, algunos de los cuales son poco más que cubículos. En casi todas las paredes se ven vestigios de murales, muchos de los cuales no tienen como motivo a los hombres y animales, sino a símbolos extraños e indescifrables.

A unos cuantos cientos de metros de Tetitla está un palacio muy diferente, Atetelco, también notable por su arquitectura y murales. Está construido en torno a una serie de espacios abiertos; el más impresionante es el

Patio Blanco, decorado en tres de sus lados con pinturas en que se alternan coyotes y jaguares que portan elegantes tocados de plumas, y de cuyas bocas salen largas volutas de habla. En torno a estos motivos, y a manera de marco, hay una red adornada con plumas y círculos de jade. La red que se utilizaba para cazar pájaros acuáticos es un elemento importante en el arte teotihuacano.

Muchos murales de Teotihuacán muestran una gran cabeza de frente, a veces combinada con otras figuras de perfil; por ejemplo, en la pintura del Tlalocan, la deidad frontal con su atavío ritual y su gran tocado tiene a sus lados a devotos que la sirven. Otro tema favorito son las procesiones de figuras, ya sean humanas vestidas en parte con ropas que representan animales o animales que se comportan como humanos. Los jaguares son numerosos, así como los pájaros, y aparecen criaturas parecidas a perros moteados en Tetitla. Algunas de sus pinturas son casi abstractas y en ellas no hay hombres, animales u objetos reconocibles que nos digan qué significan.

En un arte que emplea la perspectiva, la finalidad normal es retratar una escena, crear una ventana en la naturaleza y producir algún parecido. Como contraste, las pinturas de Teotihuacán presentan imágenes que tenían un significado específico para quien las observaba, no como objetos de la vida diaria, sino como símbolos cuyo significado escapa a nuestra comprensión. Entre el abundante número de jeroglíficos y símbolos, ciertos temas o complejos principales sobresalen. De éstos, el más importante es el llamado complejo del dios de la lluvia, en el que predominan ciertas formas de conchas, gotas de lluvia y una abundante vegetación, en combinación con serpientes emplumadas, jaguares y coyotes. Un segundo complejo hace énfasis en el tema de la mariposa, en tanto que un tercero gira en torno a la lechuza depredadora, armada con flechas y escudo.

El historiador de arte de Yale, George Kubler, en su análisis de la oscura iconografía de Teotihuacán, recalca que el principal interés del artista no era dibujar algo similar a los objetos y seres humanos. Con más frecuencia representa seres híbridos, pájaros-serpientes, jaguares de dos cabezas, jaguares-serpientes emplumados, e incluso a menudo la figura humana es compuesta, al combinar un pico de pájaro con manos humanas. Las imágenes de jaguares —que con frecuencia llevan vestidos humanos— no son de jaguares naturales, sino que se relacionan con la imagen o concepto que representaba ese animal. Además de estas extrañas formas, aunque reconocibles, han sido identificados 57 signos que casi con toda seguridad son jeroglíficos de escritura.

Por esto Kubler, al ofrecer lo que llama una respuesta provisional al misterio, deduce que el artista —cuyo interés en reproducir las apariencias era tan limitado— usaba los símbolos como forma de escritura para transmitir un significado. Incluso sugiere que algunos símbolos son en realidad adjetivos, utilizados para describir cualidades. Puede ser que algunos enunciados verbales estén incluidos, por ejemplo, un camino marcado con pies, el cual indica que los hombres con cabeza de jaguar caminaban.

Kubler sugiere que las figuras frontales de los murales son imágenes de culto, en tanto que las mostradas de perfil son fieles o sacerdotes humanos. Previene contra el supuesto común de que, a pesar del intervalo de 800 años que transcurrió entre Teotihuacán y el arte azteca —cuya iconografía se entiende mejor—, forman parte de una cadena ininterrumpida y que por lo tanto los símbolos significan lo mismo para los dos pueblos. Pero al igual que el Orfeo clásico y el Buen Pastor cristiano toman formas similares pero con esencias diferentes, la serpiente emplumada, pongamos por caso, puede significar cosas diferentes en el curso de miles de años.

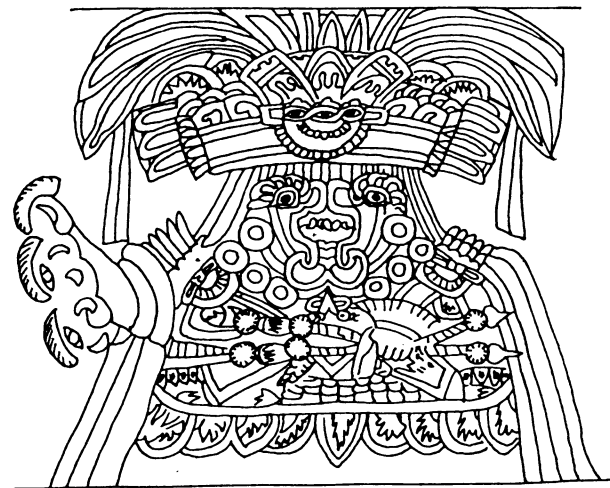


FIGURA 18. *Tlaloc rojo de Tepantitla*

Lo mismo se aplica a Tlaloc, dios de la lluvia. Aunque no sabemos qué idioma se hablaba en Teotihuacán, Tlaloc es un nombre náhuatl, que a menudo se cree que se deriva de *tlaloa*, que significa “correr”; de aquí la asociación con las corrientes o el agua de lluvia. Sin embargo, la experta en náhuatl, Thelma Sullivan, ha sostenido en forma convincente que un significado más correcto del nombre se encuentra en la palabra *tlalli*, que significa “tierra”.

Es cierto que en la historia mexicana los dioses de la tierra y de la lluvia tienden a estar asociados, ya que ambas están relacionadas con la fertilidad y la maduración del maíz. Además, los dioses de la tierra vivían en cuevas, en las que con frecuencia hay brotes de agua. El agua era, sin duda, el elemento de mayor importancia en las tierras teotihuacanas, y en su pintura y escultura se encuentran muchos objetos marinos. El culto de Tlaloc domina en el arte mural de Teotihuacán, al igual que los temas cristianos predominaron en el de Europa; su culto atrajo peregrinos desde lejos, y

su imagen con ojos saltones fue copiada en todo México. No obstante, es riesgoso suponer que sólo porque entre los aztecas Tláloc era principalmente el dios de la lluvia, debió desempeñar el mismo papel en Teotihuacán. En este lugar Tláloc era el rey de los dioses y como tal se convierte en el generoso creador y fuente de la fertilidad, y trasciende el sencillo papel de dios de la lluvia al cual fue relegado posteriormente.

Las piedrecillas de jade que caen de las manos de Tláloc pueden, como se sugiere frecuentemente, simbolizar al agua, pero también es posible que sean símbolos de riqueza y de tributo, ya que se consideraba que el jade era más precioso que el oro. Las gotas de líquido, a menudo de color rojizo, que caen de sus colmillos y de sus manos son consideradas comúnmente como agua, pero también podría ser sangre.

Un indicio adicional de la esencia de Tláloc y de la mística de Teotihuacán como ciudad sagrada y lugar de peregrinación, ha sido descubierto en años recientes. En 1971, Ernesto Taboada, que entonces estaba a cargo de la zona arqueológica, encontró casualmente los restos de una escalera que conducía a una cueva-túnel que atraviesa la capa de rocas que se encuentra abajo de la Pirámide del Sol y que termina en una serie de cámaras en forma de trébol.

Esta cueva subterránea debió ser conocida cuando se construyó la pirámide. En tiempos remotos, al igual que muchas otras, pudo ser la salida de un arroyo. Las cuatro cámaras del trébol al final de la cueva-túnel están divididas por muros hechos por el hombre. Tal como lo interpreta la arqueóloga Doris Heyden, el túnel sugiere una especie de culto, del cual estas cámaras formaban el santuario interior.

El centro de la cueva se encuentra exactamente abajo del de la pirámide. Su descubrimiento apoya el razonamiento de Millon. Durante algún tiempo su intuición le indicaba que Teotihuacán debía su santidad única a algún santuario prístino debajo de la pirámide principal. Como el lugar de residencia tradicional del dios de la tierra era una cueva, este antiguo santuario refuerza el concepto de la relación entre Tláloc y la tierra, al igual que entre éste y el agua.

IV. EL MUNDO DE TEOTIHUACÁN

LA EXPANSIÓN TEOTIHUACANA

AUNQUE sigue sujeta a discusión la medida en que Teotihuacán constituyó un poder imperial en el sentido militar, su influencia cultural llena el registro arqueológico. Este impacto puede trazarse casi hasta la frontera con los Estados Unidos de Norteamérica en el norte, y más allá de la ciudad de Guatemala en el sur; estuvo presente no sólo en el Pacífico, sino también en la costa del Golfo, donde llegó hasta las tierras mayas; empezó a ser sentida en los dos primeros siglos de la era cristiana, bastante antes de que la ciudad llegara a su apogeo.

Al igual que el Proyecto Mapa de Teotihuacán colocó a esta ciudad en una nueva perspectiva, el trabajo de otros arqueólogos nos dice ahora mucho más sobre su generalizada influencia en otras regiones. Mostrar tal influencia en un mapa produciría una especie de colcha de retazos, ya que su naturaleza e intensidad varió mucho de un lugar a otro y, además, en donde no existió habría en el mapa espacios en blanco. El impacto de Teotihuacán fue particularmente fuerte en las regiones que limitan con los litorales del Caribe y el Pacífico. En el actual estado de Guerrero, en una zona que se encuentra a la mitad de la distancia entre la ciudad de México y Acapulco, abundan las máscaras de jade, las figurillas y otros objetos de indudable inspiración teotihuacana. En Guerrero, Teotihuacán sólo siguió los pasos de los olmecas; pero a diferencia de éstos, su cultura se difundió mucho más hacia el noroeste a lo largo de la costa del Pacífico. En el sitio de Ixtepete, cerca de Guadalajara, estos rasgos son tan notorios que han dado origen a la idea de que gente de la metrópoli estaba presente físicamente. Estos tentáculos culturales llegan hasta Chametla, cerca del Mazatlán moderno, aproximadamente a 1 400 kilómetros de Teotihuacán. También se han descubierto restos de civilizaciones con influencia teotihuacana, que duraron hasta la caída de la metrópoli, en los estados de Durango y Zacatecas, en la región que se encuentra entre Chametla y el Valle de México.

Así, la esfera de influencia teotihuacana comprendía un territorio vasto hacia el noroeste, que había sido *terra incognita* para los olmecas. Durante la época azteca, como veremos, los límites de la civilización habían retrocedido y gran parte de esa zona se convirtió otra vez en el hogar de cazadores nómadas. La penetración de Teotihuacán a lo largo de la costa del Golfo fue igual de fuerte, tanto en la Huasteca, hacia el norte, como en la zona de Cerro de las Mesas, mucho más al sur. Más allá de este lugar, en el mismo centro del área olmeca fundamental, el sitio de Matcapán, que aún aguarda un estudio más completo, ha mostrado restos cuya arquitectura

y cerámica llevan la huella de Teotihuacán en forma tan marcada como los de Kaminaljuyú en Guatemala, de los que se tratará posteriormente. Por otra parte, en las tierras situadas entre la Huasteca y los enclaves más meridionales, la influencia de Teotihuacán es mucho menos notoria. Esta región era la zona de la civilización del Tajín, que se describirá en el capítulo siguiente. El Tajín creó su propio estilo, aunque utilizó el patrón del talud-tablero.

Más allá de Tabasco, Teotihuacán también penetró en la región maya, y algunos de los centros clásicos de esta zona abrieron sus puertas a esta cultura. El más grande, Tikal, en el norte de Guatemala, se cuenta entre los sitios donde esta penetración es más visible, aunque es cierto que los objetos de tipo teotihuacano que se han encontrado allí sólo forman una pequeña parte del total. En Tikal incluso se encuentran vestigios de la arquitectura del talud-tablero, junto con diseños de Tláloc con ojos saltones en bolsas y escudos, e imágenes del dios esculpidas en por lo menos cuatro estelas del siglo V d.C. La cerámica anaranjada delgada, otro indicador seguro, se ha encontrado en sitios mayas de Guatemala, así como objetos hechos con la obsidiana verde característica de la metrópoli. La cerámica anaranjada delgada también se encontró en Copán, el importante sitio maya de la República de Honduras. El intercambio y comercio entre las dos regiones tendió a ser recíproco y los historiadores del arte han señalado influencias mayas en algunos murales de Teotihuacán; también se ha encontrado cerámica policroma maya en lo que se conoce como "barrio de los mercaderes" de la metrópoli y en menor cuantía en otras partes de la ciudad. No se sabe en qué medida se adoraba a los dioses teotihuacanos y se copiaban sus ritos en las ciudades mayas, aunque en Oaxaca se han encontrado objetos de tipo teotihuacano asociados con dioses que hasta entonces no habían sido representados allí.

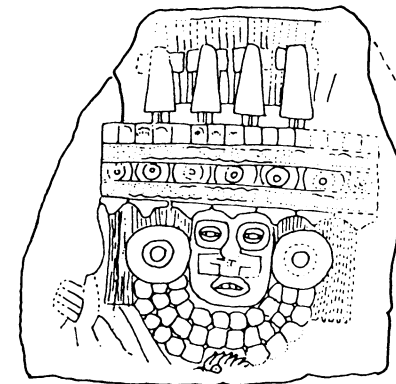
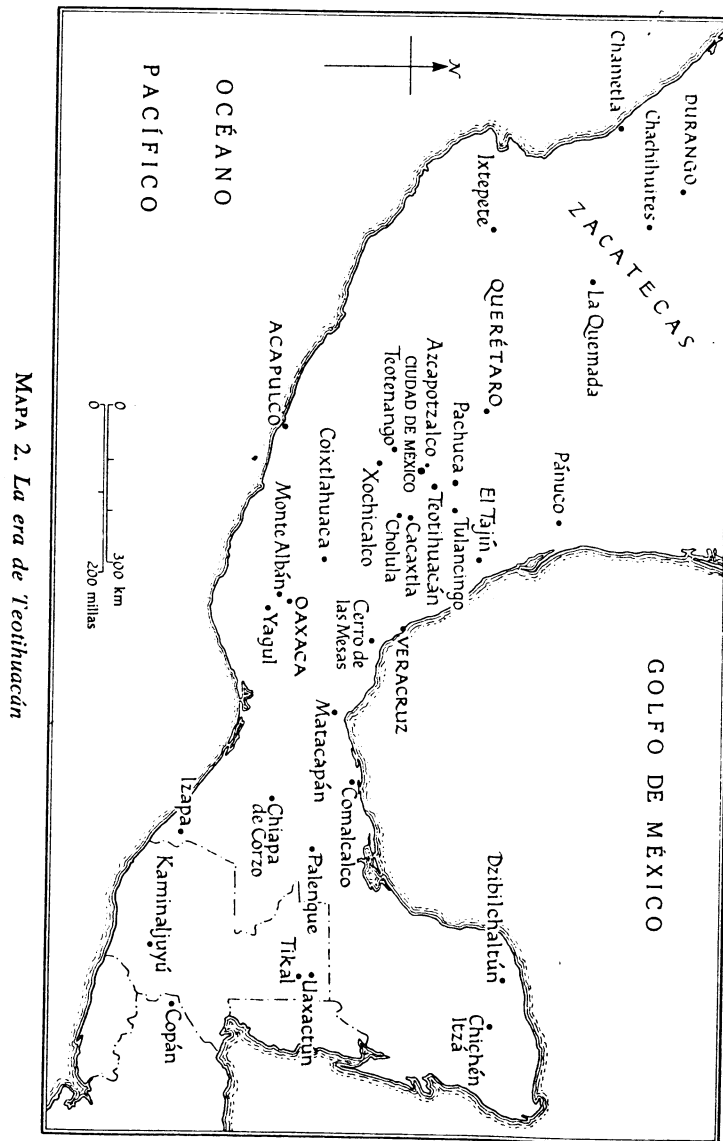


FIGURA 19. Representación de estilo teotihuacano en la Estela 32, Tikal, Guatemala



MAPA 2. La era de Teotihuacán

La penetración de la metrópoli en la región maya empezó poco después de 300 d.c. y llegó a su apogeo entre 400 y 500 d.c. Los mayas, como hemos visto, fechaban sus monumentos con un sistema jeroglífico que combinaba puntos y barras, el cual en la actualidad podemos descifrar y correlacionar con nuestro propio calendario. Esta conocida cronología maya ha proporcionado el mejor instrumento para fijar las fases medias de Teotihuacán, cuyos productos se han encontrado asociados con monumentos mayas y con cerámica cubierta con jeroglíficos. Desde mediados de los sesenta se ha logrado un gran avance en la interpretación de estos jeroglíficos y se han identificado algunas de las poderosas dinastías de la época maya clásica. Cualquier teoría de que los gobernantes de Tikal estaban subordinados de alguna manera a Teotihuacán es con seguridad exagerada, a pesar de la evidencia de contactos entre las clases altas de los dos lugares.

A pesar de lo notorio de la influencia de la ciudad en las selvas del norte de Guatemala, palidece ante la intensidad de su presencia en el sitio de Kaminaljuyú, ahora en gran parte cubierto por un suburbio moderno de la ciudad de Guatemala; pocos de los habitantes modernos saben de su existencia y mucho menos de su importancia. Los paralelos entre Kaminaljuyú y Teotihuacán son tan notorios que el arqueólogo A. V. Kidder llegó a sugerir que la primera era una colonia de la segunda.

El típico patrón talud-tablero está presente en todos los templos de Kaminaljuyú. El sitio tuvo una larga historia; hacia 500 a.c., mucho antes de que Teotihuacán llegara a su apogeo, ya había alcanzado su extensión máxima. Sólo mucho después, en 400 d.c., se dejó sentir la influencia de Teotihuacán, pero la exactitud con que se reprodujeron sus formas sugiere que fueron llevadas directamente desde su lugar de origen. En este período, que se conoce como la fase Esperanza, Kaminaljuyú disfrutó de un renacimiento cultural como réplica de Teotihuacán, con todo y su escultura, arquitectura y murales de Tláloc característicos. Tales paralelos extraordinarios han llevado a pensar que Kaminaljuyú era una base militar de primera importancia para Teotihuacán, cuya finalidad era controlar las ricas tierras bajas de la costa del Pacífico. Sin embargo, la evidencia con que se cuenta para apoyar esta teoría no es concluyente. Hay semejanzas no explicadas entre los dos centros, pero también las diferencias son tan marcadas que ponen en duda la situación "colonial" de Kaminaljuyú. Por ejemplo, las figurillas de barro cocido, las máscaras de piedra y los braceritos de los dioses del fuego, rasgos muy típicos de la cultura teotihuacana, no se encuentran en el sitio guatemalteco.

Kaminaljuyú está lejos de ser una avanzada aislada y también se encuentran influencias teotihuacanas en la región oaxaqueña del sureste de México, a poco menos de la mitad del camino entre Kaminaljuyú y la metrópoli. Se localizan principalmente en el gran centro de Monte Albán, aunque la proporción de los objetos de tipo teotihuacano encontrados allí es pequeña si se compara con la de la ciudad guatemalteca.

Así, aunque aparecen rasgos teotihuacanos en el sitio, Monte Albán creó

desde sus primeros tiempos un estilo característico propio. La civilización de los zapotecas, y de los mixtecos que después los desplazarían, ocupa un lugar único en el pasado precolombino. Debido a que se trata más bien de una cultura regional, que careció de la universalidad de Teotihuacán o Tenochtitlán, está al margen de nuestro tema y por lo tanto sólo podemos referirnos brevemente a ella, lo que hace poca justicia a su grandeza.

Muchos vestigios de las glorias pasadas sobreviven hoy en día, y Monte Albán es una visita obligada para quienes viajan a México, combinada con un paseo por la ciudad de Oaxaca, con sus ornamentadas iglesias y su mercado siempre lleno de gente. Todo el Valle de Oaxaca tiene monumentos de las épocas prehispánica y colonial; como síntesis de los elementos más finos del pasado de México no tiene rival. Poco antes del ocaso es el mejor momento para ver Monte Albán, que siempre estará vinculado a la memoria de Alfonso Caso, el arqueólogo mexicano que excavó el sitio y revivió sus glorias. En la parte más alta del cerro se formó con roca viva una gran plataforma de 750 metros de largo por 250 de ancho. En esta plataforma, situada 400 metros por encima de la ciudad moderna y del valle, se construyó una gran plaza, rodeada por todos sus lados con templos, tumbas y juegos de pelota. Estas estructuras piramidales están unidas por amplias plataformas en las que había palacios y lugares de habitación; todo estuvo cubierto de estuco y pintado en alguna ocasión. El gran juego de pelota está construido con forma de I; arriba de las paredes en talud hay tribunas de piedra para los espectadores. Si bien los edificios de la plaza que son visibles en la actualidad corresponden en su mayor parte a los siglos V a VII d.c., unos pocos —como ya se dijo— provienen de las últimas épocas olmecas o de las primeras postolmecas.

El significado pleno del centro ceremonial para la gente del Valle de Oaxaca sigue siendo un misterio, aunque la abundancia de tumbas sugiere, a diferencia de Teotihuacán, que los antiguos gobernantes y nobles de las comunidades vecinas están enterrados ahí. No se ha encontrado ninguna fuente de agua; por esta única razón, debe suponerse que sólo unos pocos privilegiados vivían en el sitio, en tanto que la gente común tenía sus casas abajo, fuera del centro ceremonial.

Las tumbas subterráneas que se han descubierto son uno de los rasgos más importantes. Muchas consisten en una cámara bien elaborada, acabada con antecámara, techada con una bóveda que sobresale. La mejor conservada es la Tumba 104, adornada con frescos de gran calidad, pintados apresuradamente mientras el difunto aguardaba ser enterrado. En lo alto de la fachada, que es una reproducción en miniatura de un templo, un nicho contiene una urna en forma de hombre, cuyo tocado es parecido al del Tláloc teotihuacano. La puerta está formada por una sola lápida y en su interior tenía abundantes ofrendas, incluso ejemplares de las urnas de barro cocido que son tan características de Monte Albán. El estilo de los murales también recuerda al de Teotihuacán, aunque algunos de los dioses son diferentes: el más importante era una deidad de la lluvia, llamada Cosijo. La

Serpiente Emplumada está presente y el dios murciélago también era de especial importancia.

Como hemos visto, el uso de los jeroglíficos tal vez se haya originado en Monte Albán, y para la época de su florecimiento clásico ya existía un sistema de escritura completo. Estos glifos son numerosos pero pocos han sido descifrados, con excepción de algunas fechas.

La influencia de Teotihuacán en Monte Albán es más de estilo que fundamental, a pesar del patrón de talud-tablero en su arquitectura monumental. Sin embargo, las grandes urnas funerarias son exclusivas de Monte Albán, en tanto que el tipo de gente representada en sus murales y los signos de los días asociados con sus nombres difieren de los encontrados en la metrópoli. Ya que El Tajín y Monte Albán desarrollaron sus propios estilos, sirven para demostrar que el impacto teotihuacano tuvo ciertas limitaciones. A diferencia de Kaminaljuyú, en Monte Albán estamos ante una influencia indirecta, más que frente a una penetración directa; el sitio se aferró a su propia identidad y aunque se pueden encontrar tanto rasgos olmecas como teotihuacanos, nunca predominaron.

Además, en la era clásica mexicana hubo otras culturas que tienen incluso menos relación con Teotihuacán. Entre las más singulares se encuentra la conocida como Remojadas, que se descubrió no muy lejos de la ciudad de Veracruz. En ella son típicas las figuras humanas sentadas esculpidas en piedra, tanto masculinas como femeninas; algunas son de guerreros y otras de jugadores de pelota, pero las más conocidas son las cabezas sonrientes femeninas, cuya expresión casi recuerda a la *Mona Lisa* de Leonardo de Vinci. A pesar de sus sonrisas estáticas, aunque enigmáticas, la realidad del México antiguo hace más probable que hayan sido víctimas del sacrificio, y que la angustia se haya cubierto con un gesto simulado inducido por una droga alucinógena.

Otra forma de arte que no tiene paralelo en Teotihuacán proviene de los actuales estados de Colima y Nayarit, en el litoral del Pacífico. La región no ha sido bien estudiada, pero se ha obtenido, en su mayor parte por aficionados, una gran variedad de figuras de barro provenientes de tumbas con varias cámaras de piedra, que abundan en el occidente de México en el periodo clásico, aunque no están relacionadas con Teotihuacán. También se han encontrado tumbas similares en Ecuador, y esto dio origen a la idea de que fueron introducidas por primera vez a México por navegantes. Esto puede ser posible, aunque si ocurrieron tales contactos, es más probable que los hayan establecido gentes que siguieron la costa y navegaron por los esteros, que viajeros que atravesaron el mar abierto entre Ecuador y México, cuyos vientos y corrientes son notoriamente traicioneros.

En Nayarit se han descubierto objetos de barro muy grandes, pintados con negro, blanco y amarillo sobre un fondo rojizo. Incluso modelos de juegos de pelota, en los cuales se lleva a cabo el evento. Los más conocidos son las figuras de barro de Colima. En todas las tiendas para turistas en México se venden actualmente modelos de estas figuras, mientras que para

los que buscan algo más "auténtico" se han producido abundantes falsificaciones con tal habilidad que es difícil distinguirlas de las piezas originales. En particular, son famosas las figuras de Colima que representan perros panzones de la raza pelona, que se consideraban como un manjar exquisito en los banquetes mexicanos. Son figuras modeladas en muchas actitudes, que juegan e incluso danzan juntos. Otras vasijas representan pájaros, reptiles y seres humanos.

EL TERRITORIO TEOTIHUACANO

La influencia de Teotihuacán en muchas zonas distantes fue, como hemos visto, muy extensa pero variable y a veces discutible. Sin embargo, hay consenso con respecto a la existencia de un territorio teotihuacano, cuya cultura era tan parecida a la de la ciudad madre que es probable que haya sido sometido al control físico. Este territorio comprendía al Valle de México, junto con la parte suroriental del estado de Hidalgo, en torno a Pachuca, y hasta Tulancingo en el noreste. En esta región no se encuentra un estilo híbrido, combinado con influencias locales, pues están presentes todos los rasgos típicos de Teotihuacán. La ciudad misma había absorbido gran parte de la población de los lugares vecinos y, en consecuencia, estos centros provinciales eran muy pequeños y albergaban sólo a dos o tres mil personas cada uno.

Los abundantes restos teotihuacanos en el Valle de Puebla, al sureste, sugieren que también formó parte del territorio de Teotihuacán. Además, el valle tenía un gran centro, Cholula, localizado a unos 100 kilómetros de Teotihuacán y capaz de servir como una segunda capital, al igual que los aztecas se fortalecieron mediante una estrecha alianza entre Tenochtitlán y el cercano Texcoco.

Cholula no era un mero satélite, sino una ciudad importante por derecho propio que habría de sobrevivir a Teotihuacán y que duraría hasta los años de la conquista. Este lugar (también provisto de un Hotel Villa Arqueológica) es una parada obligada del viajero moderno, que puede combinar esta visita con un viaje a Puebla, ciudad rica en monumentos coloniales. A medida que el viajero desciende hacia la planicie, después de un viaje espectacular en automóvil a través de bosques de pinos y los volcanes cubiertos de nieve de la Sierra Nevada, ve ante él, brillando bajo el sol, las cúpulas cubiertas de azulejos de centenares de iglesias. La más visible de éstas se encuentra en lo alto de un gran cerro. Sólo al acercarse se da uno cuenta de que éste no es una elevación natural, sino un gran montículo hecho por el hombre, la mayor estructura en el Nuevo Mundo y una de las más grandes que haya sido construida por los seres humanos, con un volumen mayor que el de las pirámides de Egipto.

La Cholula de la época azteca estuvo en otro sitio y la pirámide antigua ya era un cerro cubierto de vegetación. Así continuó hasta que se empe-

zaron las excavaciones en 1931 y se descubrió que era un monumento hecho por el hombre, cuya base medía 400 por 400 metros. En ese tiempo se excavaron tres kilómetros de túneles a través de su masa, con el fin de estudiar los sucesivos niveles culturales que yacen enterrados en ella.

Hacia 400 a.c. Cholula ya estaba habitada y sus primeras plataformas fueron construidas de barro y piedra. En el curso de su historia, la gran pirámide fue reconstruida y ampliada seis veces. Su perfil de talud-tablero es similar al de Teotihuacán, aunque influencias costeras, en particular de El Tajín, también están presentes. Era un gran centro comercial en la época clásica, y lo siguió siendo durante su historia. Entre los objetos que se encontraron en el sitio hay algunos que provienen de Monte Albán y Xochicalco.

A finales de los sesenta y principios de los setenta, el Instituto Nacional de Antropología e Historia de México decidió investigar en forma más completa al gran montículo, conocido hasta entonces sólo por túneles excavados en sus costados. El proyecto fue dirigido por el arqueólogo Ignacio Marquina. La pirámide es tan grande, que excavar y reconstruir todo el monumento habría sido una labor de titanes. En vez de esto, el trabajo se limitó al lado meridional; incluso esta empresa limitada, que sólo abarcó una parte de la estructura, requirió la remoción de cientos de miles de toneladas de tierra. Como resultado, se descubrió todo un complejo de templos, palacios y plazas, algunos pintados con finos murales. Entre los principales hallazgos estaba una plaza impresionante, llamada Plaza de los Altares debido a la presencia de grandes tronos en cada uno de sus tres lados; no se pudo encontrar un cuarto altar. Esta plaza formaba el acceso a la pirámide, cuya parte restante sigue sin excavar. La presencia de tres tronos reforzó la idea de que Cholula —y posiblemente Teotihuacán— era regida por varios cogobernantes, en vez de por un solo rey.

Un descubrimiento sensacional también fue hecho por los arqueólogos que excavaron túneles en la pirámide y localizaron una estructura más antigua, con un muro pintado con algunos de los frescos más notables que se han encontrado en México. A éstos se les llamó "Los borrachos", ya que representan pares de figuras, de tamaño mayor que el natural y ricamente ornamentadas, que están una frente a otra y sostienen ante ellas, como si brindaran, recipientes con pulque, la bebida sagrada del México antiguo que se bebía principalmente como rito religioso; según una leyenda, el pulque fue inventado en Cholula. Estos frescos fueron pintados aproximadamente en 200 d.c., medio milenio antes de la caída de la Cholula clásica.

En cierta ocasión se pensó que la ciudad se sostuvo como un bastión de la civilización durante algún tiempo después de la caída de Teotihuacán; pero las excavaciones demostraron que las fases cerámicas de los dos sitios están estrechamente relacionadas y, por lo tanto, la Cholula clásica parece haber caído también hacia 750 d.c. No obstante, a diferencia de Teotihuacán, logró recuperarse; un resurgimiento lento que requirió de siglos. La

pirámide cayó en desuso, pero una nueva Cholula surgió bajo la actual ciudad y se convirtió en próspero centro en los siglos finales de la época prehispánica.

ESTADO E IMPERIO

Actualmente se está de acuerdo en que Teotihuacán fue en todo sentido un verdadero Estado. El tipo de construcción, incluso en tiempos muy antiguos, sólo pudo ser producto de una sociedad madura, muy alejada del nivel tribal. Además de los monumentos religiosos, la arquitectura doméstica revela marcadas diferencias sociales y materiales, más características de un Estado que de una sociedad tribal. Hay grandes construcciones residenciales a las que con justicia se les puede llamar palacios otras son de tamaño medio y finalmente algunas son poco más que chozas.

Fue, también, mucho más que una mera ciudad-Estado, debido al control del territorio vecino y a su penetración en regiones más lejanas. Para evaluar el significado de la influencia teotihuacana, son cruciales las diferencias entre el territorio teotihuacano y las tierras más distantes. Su influencia en las zonas periféricas, aunque siempre presente, varía de un lugar a otro y la extensión de sus conquistas militares ha sido en consecuencia motivo de fuertes polémicas.

Se ha sostenido con vigor que Kaminaljuyú y, posiblemente, la región del sur de Veracruz y Tabasco eran provincias imperiales, debido a un conjunto de rasgos teotihuacanos tan notorios que sugieren una presencia armada. Incluso se ha propuesto que en otros lugares, como Oaxaca y la Huasteca en la costa del Golfo, los contactos comerciales eran de tal magnitud que indican alguna clase de control físico. Estas opiniones se basan en lo que se conoce de los métodos de los mercaderes aztecas, que tendieron a limitar sus operaciones a regiones que estaban bajo su dominio o que cuando menos ya estaban señaladas para conquistas futuras. Por lo tanto, se argumenta que los mercaderes de Teotihuacán también debieron haber operado bajo protección militar.

Por lo anterior, tanto las semejanzas en el estilo como la intensidad del comercio se presentan como prueba de que Teotihuacán si bien no conquistó todo rincón de esas remotas regiones, por lo menos controló los puntos estratégicos. Pero pensar que los vínculos comerciales equivalen a un ataque armado y afirmar que los mercaderes de Teotihuacán actuaban como vanguardia militar, es invocar una vez más el débil dogma de que todos los pueblos antiguos de México debieron actuar exactamente como los aztecas. Los estudiosos que se han formado en las tradiciones del Viejo Mundo, se sienten tentados a esbozar visiones de inmensos imperios cada vez que ven un conjunto impresionante de pirámides y plazas, como Teotihuacán. Otros están predispuestos a detectar señales de un gobierno imperial en donde el arte y la arquitectura de un sitio fueron copiados de otro. Pero el registro arqueológico normalmente ofrece prueba de contacto más que de conquista,

y pasar de las relaciones comerciales y paralelos artísticos a las afirmaciones de control político es difícil y laborioso.

Sanders y Price, en su importante obra *Mesoamerica: The Evolution of a Civilization*, insisten en que las semejanzas de estilo, en particular en la arquitectura de los templos, deben ser consideradas como prueba del control físico de un área determinada, con bases que consideran "obvias". Según su razonamiento, un grupo local puede comprar pequeños objetos foráneos como chucherías exóticas para la casa u ofrendas para sus muertos; sin embargo, tal grupo estaría renuente a proporcionar la mano de obra requerida para la construcción de monumentos que honraran a dioses extranjeros. Por lo tanto, se considera que la arquitectura ceremonial importante con estilo foráneo, es prueba de que una fuerza externa logró el control de la mano de obra excedente local.

Esta lógica tiene ciertas fallas. En el siglo XVIII Inglaterra adoptó una arquitectura inspirada en Palladio para las casas de su clase gobernante. El estilo se originó en la República de Venecia, pero esto no prueba que Inglaterra fuera una provincia de Venecia. Más adelante se puso de moda la "chinoiserie" en Inglaterra, tanto para la construcción como para la decoración. De conformidad con el pensamiento de Sanders y Price, si la "mano de obra excedente inglesa", fue empleada para construir el Pabellón Brighton para el príncipe regente, esto sugiere que el país, liberado de la tiranía de Venecia, se había convertido rápidamente en una colonia china.

En otro contexto, Sanders sostiene que Teotihuacán no sólo conquistó regiones extensas y lejanas, sino que incluso procuró imponer en gran parte de México sus formas de gobierno, basadas en una clase gobernante hereditaria, un aparato judicial administrado centralmente y un sistema de trabajo colectivo eficiente, junto con la recaudación de tributo, todo ello respaldado por una casta militar profesional. Distingue diferentes tipos de dominación, que van desde una verdadera colonización en Kaminaljuyú hasta un control más difuso, menos intenso, en Tikal; en este sitio, el impacto de Teotihuacán fue más comercial que político y en una reciente discusión a la que asistió el autor, Sanders tendió a hacer hincapié en su presencia militar en otros lugares y a enfatizar el papel desempeñado por sus mercaderes.

A pesar de las opiniones contrarias, como la antes mencionada, la fuerza humana disponible en Teotihuacán con toda seguridad no era adecuada para subyugar grandes regiones de México durante mucho tiempo; es cierto que la población de la ciudad era grande, pero era la única, y carecía de los centros satélites que rodeaban a la capital azteca y la proveían de combatientes. Esta última ciudad podía aprovechar como guerreros a una población diez veces mayor que la de Teotihuacán.

Además, aunque se explicará cómo en Teotihuacán el militarismo ganaba terreno en el momento de su caída, si no es que antes, hay poco en el arte y la arquitectura de su apogeo que sugiera alguna obsesión por la guerra y la conquista. A pesar de que en los murales había águilas y jaguares, que más tarde se convirtieron en símbolos de guerra, las imágenes teotihuacanas

no hacen nada para idealizar al guerrero. Hay poca evidencia, a diferencia de lo que ocurrió después en Tula y Tenochtitlán, de una estrecha identificación entre el gobernante, el sacerdote y el soldado. A Teotihuacán casi siempre se le describe como una teocracia; paradójicamente, este punto de vista teocrático ha sido utilizado como evidencia de un papel imperial. Se ha sostenido que la situación especial de la ciudad como la "Meca" de una religión proselitista de tipo islámico, en la que Tláloc ocupaba el lugar de Mahoma, condujo a la expansión física en busca de una conquista espiritual similar a la deseada por los españoles. Pero tal proselitismo es un concepto del Viejo Mundo, y es poco real atribuir a los gobernantes de Teotihuacán la intención fanática de salvar las almas de gente que ya adoraba a dioses similares.

Para satisfacer las necesidades de la ciudad, con toda certeza no requería de un vasto imperio, pues los recursos locales, complementados con los de la rica laguna que estaba cerca y los del fértil suelo del Valle de México, habrían sido más que suficientes para alimentar a su población. Con base en los abundantes datos disponibles, se estima que con los instrumentos y métodos de cultivo utilizados el Valle de Teotihuacán por sí solo, incluida la zona irrigada a lo largo del río San Juan y el área más grande donde se hacía cultivo de temporal, habría proporcionado suficiente alimento básico, maíz, para una población de 150 000 a 175 000 habitantes.

Es cierto que los ritos religiosos de la gran metrópoli requerían algún contacto con las tierras bajas tropicales; en el centro de todo culto y de la guerra estaba la vestimenta resplandeciente con plumas de aves tropicales, como lo muestran los murales. Estos lujosos vestidos incluían ornamentos de jade y turquesa, así como pieles de jaguar de los trópicos. Además, en el arte religioso de Teotihuacán abundan las conchas y otros objetos marinos, por lo que se importaban en grandes cantidades. Sin embargo, pensar que los objetos de lujo no se podían obtener por medio del comercio, ya fuera directamente o a través de intermediarios, y que no podían conseguirse plumas si no era mediante el uso de la fuerza, es una premisa dudosa. La demanda de productos costeros no estaba limitada a Teotihuacán y existía en todo el altiplano. La abundancia de productos teotihuacanos exportados a esas regiones sugiere que, a diferencia de los aztecas que dejaron pocos restos, estaban en posición de obtener objetos suntuarios mediante el comercio pacífico.

La cerámica anaranjada delgada y las vasijas-efigie cilíndricas eran importantes artículos de exportación. Pero, además de éstos, la metrópoli parece haber obtenido un virtual monopolio del comercio de obsidiana en una gran región. La lasca de obsidiana, con un borde afilado tan fino que se asemeja al de una navaja de afeitar, fue el instrumento de corte más eficiente hecho por el hombre de la edad de piedra; la producción y comercialización del producto fue tan importante para la economía del México antiguo como, digamos, la industria del acero lo es en épocas recientes.

La obsidiana verde de Pachuca, en particular, aparece en abundancia en

donde las influencias teotihuacanas fueron considerables; es inconfundible y puede reconocerse incluso sin ninguna prueba de laboratorio. Montículos sólidos de esta piedra verde, extraída durante muchos siglos, pueden verse todavía en la zona. Teotihuacán albergó muchos talleres de obsidiana, y se calcula que éstos producían instrumentos terminados que bastaban para satisfacer las necesidades de literalmente millones de personas. También se comerciaba con obsidiana sin trabajar y en Monte Albán se han encontrado núcleos de alta calidad procedentes de Pachuca.

En Tikal no sólo se encontró la variedad verde de Pachuca, sino también la gris de Otumba, cerca de Teotihuacán, y —lo que es más significativo— obsidiana de una fuente cercana a Kaminaljuyú. Esto sugiere que la expansión teotihuacana estuvo estrechamente relacionada con el comercio y que sus emprendedores mercaderes, bajo el patrocinio del Estado, entre sus diversas actividades habían llegado a monopolizar la minería y la comercialización de la más importante materia prima de Mesoamérica. Esto ayudaría a explicar la presencia teotihuacana no sólo en el lejano Kaminaljuyú, cerca de una fuente adicional de abasto, sino también en el sur de Veracruz, que sirvió como punto intermedio para el comercio con las tierras mayas, donde se vendía obsidiana a cambio de cacao y otros bienes suntuarios.

Por lo tanto, aunque acepto que Teotihuacán controlaba su “territorio”, pongo en duda la existencia de regiones lejanas conquistadas y considero que la expansión de la metrópoli hasta zonas remotas se debió más al esfuerzo de los mercaderes que al de los soldados. Esta expansión podría, en cierto sentido, parecerse a la de los Estados Unidos de Norteamérica en épocas recientes, mediante la cual empresas comerciales gigantescas ayudaron a implantar elementos de la cultura norteamericana en muchos países sin el empleo de las fuerzas armadas. En oposición a esto, a donde los británicos comerciaban en siglos pasados, con frecuencia la bandera imperial los seguía.

Los olmecas pueden mencionarse como un caso paralelo. Si bien Michael Coe, como hemos visto, argumenta en favor de la conquista física, digamos, del Valle de México, otros expertos rechazan esta opinión. Como ocurre con Teotihuacán, la influencia olmeca fue muy variada y va desde sitios que sólo importaron ornamentos olmecas hasta otros que copiaron fielmente sus bajorrelieves, aunque no sus cabezas colosales, ni el montículo en forma de hojas de trébol de La Venta. Por consiguiente, en los lugares alejados surge precisamente la misma pregunta en los dos casos: si estos pueblos “sometidos” imitaron algunos rasgos de la zona principal, ¿por qué rechazaron otros?

Es evidente que los olmecas no tenían los suficientes recursos humanos para conquistar y retener grandes zonas. Con seguridad lo mismo sucedió en Teotihuacán, cuya esfera de influencia cultural coincidió en grado sorprendente con la de los olmecas. Es posible que la metrópoli haya enviado una sola gran expedición a tomar, pongamos por caso, Kaminaljuyú, pero

no a conservarla como una especie de colonia. Las similitudes de estilo pudieron seguir un patrón helenístico, al igual que la influencia de Grecia conservó su fuerza en el Cercano Oriente mucho después de que el impulso conquistador de Alejandro decayera. De manera parecida, aunque el Imperio Bizantino conquistó transitoriamente a Italia en el siglo VI d.C., este triunfo de corta duración tuvo como consecuencia la reproducción fiel del simbolismo y las formas del arte bizantino, en particular en la Sicilia normanda, siglos después de que el último soldado bizantino saliera de la península.

Sanders no sólo asume un punto de vista “imperialista” en cuanto al papel global de Teotihuacán; también es uno de los principales exponentes de quienes consideran que la civilización mexicana es fundamentalmente producto de su ecología. En particular, afirma que Teotihuacán desarrolló sus formas de gobierno como respuesta a las necesidades de la “agricultura hidráulica”. En otras palabras, pasó de tribu a Estado debido a que necesitaba una fuerte autoridad central para controlar su sistema de irrigación. Esta línea de razonamiento puede ayudar a explicar el nacimiento de las civilizaciones del Viejo Mundo, como Egipto, Mesopotamia e inclusive China; cuando se le aplica al Nuevo Mundo, sin embargo, es menos convincente. Cualquier persona que visite Teotihuacán puede ver por sí misma que se requiere de mucha imaginación para igualar la pequeña corriente del río San Juan y sus arroyos con el Nilo, el Éufrates y el río Amarillo.

René Millon, con base en sus abundantes datos, asume el punto de vista opuesto. Al desafiar al enfoque ecológico, señala que el sistema de irrigación de Teotihuacán, basado sólo en arroyos, era muy pequeño para constituir el factor decisivo de su gran expansión.

Aun cuando la necesidad de controlar los abastecimientos de agua no sea el factor crucial del surgimiento de la ciudad, este control no pudo ocurrir sin el mando firme por parte de una élite gobernante. Sin embargo, poco se sabe de su naturaleza. Después de estudiar toda el área de Teotihuacán, Millon se convenció de que el gobierno estaba centralizado en La Ciudadela, al sur, cuya función era parcialmente religiosa. Aunque parte de este complejo (inclusive el Templo de Quetzalcóatl) fue construido en los primeros tiempos, nunca perdió su importancia original, ya que se levantaron nuevos edificios en el último siglo antes de que cayera la ciudad. La Ciudadela tiene palacios gemelos, cada uno con la misma planta general, otro rasgo que podría sugerir la presencia de dos gobernantes que residían en un lugar sagrado. También es posible que la Pirámide del Sol haya tenido dos templos en lo alto, ya que la pirámide más antigua que se encuentra debajo casi con toda seguridad tuvo dos altares en su parte superior.

Así, las funciones políticas y las religiosas estuvieron estrechamente relacionadas y con seguridad los sacerdotes desempeñaron un papel importante en el gobierno. Estos religiosos aprendieron los movimientos del Sol, la Luna, las estrellas y los planetas. En particular, estaban familiarizados con el ciclo de Venus, tan importante para los mayas clásicos y en tiempos

posteriores, básico para el culto de la Serpiente Emplumada. Gracias a su conocimiento del calendario, los sacerdotes pudieron dirigir la economía y decir a la gente en qué momento había que sembrar y cuándo se debía cosechar. Al observar los cielos, aprendieron a medir el tiempo, las distancias y los ángulos; estos estudios les permitieron elaborar planos exactos para el trazo de la ciudad y controlar así su mayor inversión de capital: el programa de construcción a largo plazo.

Además, para pintar los incontables murales, con su simbolismo, se requirió de la guía de sacerdotes, que aparecen con tanta frecuencia y que a menudo están vestidos de jaguares, aves o coyotes adornados con plumas de quetzal. El arte y la arquitectura se unen para sugerir que Teotihuacán fue un Estado sacerdotal y el número y tamaño de sus templos sugiere la presencia, al igual que en la Roma cristiana, de un numeroso sacerdocio. Estos sacerdotes y prelados no sólo se ocupaban del ritual, sino también del ejercicio del poder. A nombre de los dioses llamaban a la mano de obra para que construyera los templos y palacios de la ciudad, imponían su voluntad sobre las provincias cercanas y comerciaban con tierras lejanas.

LA CIUDAD Y SUS INDUSTRIAS

Teotihuacán era una ciudad en toda la amplitud de la palabra. Por el contrario, ni el mayor centro maya, Tikal, estaba totalmente organizado; sólo tenía una quinta parte de la población de Teotihuacán, aunque se encontraba dispersa en una superficie del mismo tamaño. Sin embargo, la zona rural de Tikal estaba densamente poblada.

No es fácil distinguir una ciudad de un centro ceremonial; ciertos sitios que se encuentran en una situación intermedia han sido descritos como "ciudades dispersas" por Ignacio Bernal. La mera presencia de distinciones de clase, de una jerarquía gobernante y de artesanos especializados no amerita por sí sola el término de "ciudad". La población es el factor determinante, y para esto una densidad de 2 000 habitantes por kilómetro cuadrado puede servir como una útil unidad de medida.

Teotihuacán, que cubre una superficie de 20 kilómetros cuadrados, con una población de seis cifras, es sin duda un centro urbano y por lo tanto difiere de otros de su época en el Nuevo Mundo. Además, era notable por la variedad de sus artesanías e industrias, que ocupaban a por lo menos la tercera parte de su población. Por consiguiente, tanto por su población como por su riqueza, se encontraba por encima de sus rivales; sus majestuosos monumentos, los artesanos geniales y los emprendedores comerciantes se combinaron para darle una posición única. En los días de su apogeo, miles de extranjeros asistían a sus fiestas y mercados, y sus riquezas eran acrecentadas por su fama como santuario y emporio entre la gente de lugares alejados.

Esta visión como gran ciudad con innumerables calles y casas, en opo-

sición a meras agrupaciones de templos y de habitaciones de los sacerdotes, surgió del Proyecto Mapa de Teotihuacán de Millon. Aunque los arqueólogos pueden trazar esas calles en un plano, no las pueden reconstruir y para el visitante moderno es difícil imaginar cómo fueron estas vías angostas y pletóricas de actividad. Quizás lo que más se acerque a esta reconstrucción visual es Pompeya; contemporánea de Teotihuacán, que fue conservada para la posteridad por una capa de ceniza volcánica. Su trazo, basado en una cuadrícula, es más parecido a una ciudad mexicana moderna que, pongamos por caso, a una ciudad medieval europea.

Millon descubrió que el cuadrante noroeste de la ciudad no fue sólo el más densamente poblado de los cuatro (y por lo tanto el más urbanizado), sino que también tenía el mayor número de artesanos especializados, y logró identificar muchos de sus talleres. Los recintos amurallados que encontró al realizar su levantamiento son un rasgo sobresaliente de esta parte de la ciudad. Un grupo de estos recintos, situado al oeste de la Pirámide de la Luna, virtualmente aisló a esta área de las demás y creó una zona cerrada a la que sólo se podía entrar por uno o dos puntos.

La población de Teotihuacán no vivía en unidades familiares individuales o casas, sino en complejos de apartamentos que constituyen una de sus principales características. En total, se han identificado no menos de 2 200 de éstos y se ha utilizado esta cifra como base para calcular la población total. Hacia 100 d.c., la población ya era aproximadamente de 40 000 personas. Sin embargo, aunque en esta época los templos se construían de piedra, las viviendas familiares eran de adobe y de otros materiales perecederos; un número limitado de gente vivió en estas estructuras incluso después de que se construyeron los complejos residenciales.

En el tercer siglo de nuestra era ocurrió un cambio revolucionario en el patrón de habitación, cuando se empezaron a utilizar los complejos de apartamentos; según la evidencia arqueológica, este desarrollo coincidió con una gran expansión de la industria de la obsidiana. El complejo parece haber sido diseñado para la vida urbana en una ciudad que ya sobrepasaba sus límites a medida que crecía la demanda de sus productos y más y más gente se asentaba en ella. Cualquiera que fuera la razón para una mayor concentración de agricultores y artesanos dentro del perímetro —poco común en Mesoamérica—, la ventaja de tal medida para la clase gobernante es obvia. Cuando la mayoría de quienes trabajaban la tierra eran alojados dentro de los límites de la ciudad, se hacía más fácil la intervención del Estado en la agricultura y en el sector industrial de la economía.

Con excepción de los más grandes y espaciosos, estos complejos, alguna vez descritos invariablemente como "palacios", no eran habitados en su mayoría por personas de nivel social alto, sino que constituían las habitaciones de la población ordinaria. Esto se llegó a entender después de que se trazó el mapa de toda la zona y se encontró una gran cantidad de ellos. A partir de entonces, la unidad familiar común ya no vivía en una casa, sino en un apartamento, y la disposición de cuartos, patios y entradas su-

giere que varias familias ocupaban un solo complejo. Las construcciones tendían a estar sobrepobladas: en una estructura típica, que mide cerca de 60 metros cuadrados, pudieron vivir entre 60 y 100 personas, que probablemente estaban unidas por alguna relación familiar, o por el hecho de practicar el mismo oficio. Un estudio de los restos óseos de una unidad indicó que los hombres se relacionaban más entre sí que las mujeres. Es posible que existiera alguna clase de propiedad colectiva y no hay ninguna razón para creer que los complejos pertenecían al Estado. El cambio rápido de casas individuales a grupos de apartamentos tuvo implicaciones sociales. En el México antiguo las personas estaban acostumbradas a vivir rodeadas de espacios abiertos, y residir en un medio encerrado debe haber creado nuevas tensiones, si no es que conflictos, que sólo se podían mantener bajo control con un gobierno fuerte.

Aunque la mayoría de los complejos están lejos de ser palacios, algunos eran mucho mayores que el promedio y medían hasta 150 metros cuadrados. Pero, ya fueran grandes o pequeños, no eran residencias de una sola familia, pues están claramente divididos en secciones separadas por altos muros sin ventanas, en tanto que calles estrechas los separan de otros complejos. A menudo estas unidades tienen planta en L, con una hilera de cuartos que dan a la calle unidos a otra que está en ángulo recto con respecto a la primera. Una vez que estos complejos se convirtieron en la forma común de vivienda, se les encontraba por igual en las afueras de la ciudad, en donde el espacio no constituía un problema. La mayoría de los que han sido excavados tienen por lo menos un gran patio con uno o más templos al frente. El templo principal, si hay más de uno, casi siempre está en el lado oriental del patio. Los complejos mejor estudiados parecen haber sido reconstruidos tres o cuatro veces.

Quien visite Tetitla, a cierta distancia del centro, puede formarse una idea de cómo eran estos complejos, aunque no es un ejemplo típico, ya que es más grande que la mayoría. Cuartos, patios, pórticos y entradas conforman un plan fijo, que tal vez no sea visible con facilidad hoy en día, a medida que uno pasa de una a otra parte de la estructura parcialmente restaurada en busca de los muchos vestigios de murales que aún se conservan.

Si bien es obvio que los "palacios" más grandes estaban reservados para personas de posición elevada, no siempre se les construyó cerca del centro. Eso es en sí poco usual, ya que en otros sitios las casas de los nobles con frecuencia estaban agrupadas en torno a los principales edificios ceremoniales. Además de estas habitaciones de lujo, se han explorado tres complejos en los cuales vivían personas de bajo nivel social; entre éstos es característico Tlamimilolpa, en donde las ofrendas funerarias muestran que sus ocupantes, apiñados en apartamentos congestionados, eran muy humildes. El patrón de una vida en aglomeración perduró durante toda la historia de este complejo, aunque se le reconstruyó varias veces.

Los contrastes entre los ricos y los pobres no eran tan diferentes a los que los futuros arqueólogos podrían discernir si reconstruyeran el plano de

Nueva York y realizaran estudios separados de, digamos, Park Avenue y Harlem. Al igual que ahora, los ricos y los pobres vivían en edificios basados en la idea de dar albergue a muchas unidades familiares en un gran edificio. Como ocurre hoy en día, dentro de la estructura de este concepto, los teotihuacanos pudientes disfrutaban de residencias más amplias, aunque incluso en éstas los cuartos eran muy pequeños, de acuerdo con nuestras normas.

Durante el levantamiento del plano de los complejos los arqueólogos hicieron otro descubrimiento: encontraron que un sector fue habitado principalmente, si no es que únicamente, por gente de la región de Oaxaca. Este barrio especial revela la naturaleza cosmopolita de la ciudad; es probable que no sea el único enclave étnico, aunque es el único cuyos detalles se han estudiado hasta ahora. Los habitantes de esta colonia no rompieron los contactos con su región natal, ya que algunos están enterrados a la usanza de Oaxaca, en tumbas de paredes recubiertas de piedra que tienen una antecámara; en un caso, había una estela empotrada en el muro, hecha de un bloque reutilizado de piedra roja que tenía un jeroglífico y numeral realizado con un estilo oaxaqueño puro. La estela no es un objeto transportable, ya que pesa más de 270 kilogramos, y por lo tanto se debió esculpir en Teotihuacán. También se encontraron dos urnas funerarias, muy típicas de Oaxaca, y las personas que vivían en este barrio continuaron produciendo utensilios con su estilo nativo.

Las excavaciones en el barrio oaxaqueño sugieren que se creó hacia 400 d.c., cuando las relaciones entre Teotihuacán y Oaxaca eran más estrechas; las dos urnas pertenecen a este periodo. La tumba y la estela con el estilo de Oaxaca son muy posteriores y se fechan en 700 d.c. La tumba muestra que la gente, que había vivido en este barrio durante varios siglos, seguía aferrada a los cultos funerarios de su tierra de origen. No obstante, en otros aspectos adoptaron las costumbres de su vecinos y eligieron vivir en complejos habitacionales de tipo teotihuacano, en los cuales había templos que seguían los patrones locales.

Es posible identificar a ciertas partes de la ciudad con determinados oficios. Por ejemplo, se ha encontrado un barrio de artesanos que hacían figurillas de barro en moldes y otro de alfareros. Se han localizado casi 150 talleres de cerámica, además de 15 para hacer figurillas. Pero, por mucho, los más numerosos eran los complejos, con todo y talleres, donde se tallaban los instrumentos de obsidiana; en total, se desenterraron más de 400 de estos talleres. Fueron descubiertas dos grandes concentraciones de talleres de obsidiana, una atrás de La Ciudadela y la otra cerca de la Pirámide de la Luna. Sus artesanos ocupaban uno de los grandes complejos amurallados del sector.

Ocupaciones como el tallado de madera, el tratamiento de pieles y el tejido de mantas y cestería, fueron oficios importantes, pero no es posible localizar los lugares en que se hacían estos objetos percederos. La construcción era otro trabajo importante, pero es difícil encontrar los hogares de

quienes trabajaron en las grandes construcciones. Parte de esta fuerza de trabajo debió consistir en personas que labraban la tierra en otras épocas del año. En total, de los 2 200 complejos de viviendas localizados, por lo menos 400 fueron habitados evidentemente por artesanos de alguna clase y sus familias.

LA GENTE Y SU VIDA DIARIA

Se ha escrito mucho sobre los dioses de Teotihuacán y sus sacerdotes. No obstante, mucho menos se ha dicho sobre la gente más humilde que trabajaba la tierra o en los talleres, y es difícil reconstruir su modo de vida. Hoy en día la arqueología puede abandonar su antiguo papel de mera crónica de sacerdotes y príncipes, y esforzarse por arrojar la misma luz sobre la vida de la gente ordinaria. Pero, cuando se trata del México antiguo, es muy difícil penetrar el velo del anonimato que oculta su vida diaria. Por lo común habitaban en construcciones perecederas y, a diferencia de los trabajadores modernos, tenían pocos bienes de consumo que la posteridad pudiera descubrir. Al menos en Teotihuacán, muchos ciudadanos ordinarios vivían en construcciones de piedra. A pesar de esto, a nadie se le ocurrió pintar o esculpir la imagen de un alfarero o un campesino, y casi nada se puede deducir sobre su forma de vivir con base en los incontables frescos que casi siempre representan a un Tláloc exageradamente ataviado, al cual rodean sacerdotes con vestidos exóticos.

Tanto los ricos como los pobres vivían y trabajaban en un ambiente grandioso. Los monumentos centrales, resplandecientes con su cubierta de brillante estuco, eran una vista deslumbradora. El mismo tamaño de la ciudad afectaba a su gente, que debía caminar incluso distancias mayores que quienes vivían en sitio más pequeños. Como la Calzada de los Muertos era una avenida sagrada, difícilmente podía ser utilizada como camino por los ciudadanos ordinarios para ir al mercado que estaba enfrente de La Ciudadela, o por los que regresaban a sus hogares después de trabajar en el campo. Probablemente tomaban una ruta menos directa, excepto cuando asistían a las ceremonias.

En Teotihuacán, incluso llegar de un extremo a otro de la zona urbana implicaba una larga caminata. Además de la necesidad de ir por alimentos, el agua no siempre estaba cerca; el río San Juan, al menos en la actualidad, con frecuencia es sólo un hilo de agua; la orilla del Lago de Texcoco estaba muy alejada de los que vivían en el lado opuesto de la metrópoli. Se han descubierto algunos pozos, pero a menudo tenían usos ceremoniales, como el encontrado en la plaza norte de La Ciudadela en 1982, que proporciona un abastecimiento muy limitado de agua.

Aunque la ciudad era extensa, las habitaciones dentro de los complejos tendían a estar sobrehabitadas y las personas debieron pasar gran parte de su tiempo afuera en patios, calles y espacios abiertos. Al igual que en otras partes del México antiguo, la vida seguía el curso del Sol y, excepto cuando

las tareas rituales (como barrer los templos) dictaban lo contrario, la gente se acostaba al ponerse el Sol y se levantaba con la aurora. La iluminación en los complejos teotihuacanos debió ser rudimentaria; cualquier intento de alumbrar, digamos, Tetitla, pronto habría ennegrecido sus murales.

Otro factor que afecta la vida en el Valle de Teotihuacán son los marcados extremos de la temperatura. Estos son notoriamente mayores que en el céntrico Valle de México. En la antigüedad gran parte de este último estuvo cubierto por el agua del lago, que tenía un efecto moderador y hoy en día el centro del valle está protegido parcialmente por la ciudad moderna. Aunque el Sol puede producir mucho calor en el día, durante la mayor parte del año las noches de Teotihuacán son frescas, si no es que frías y las heladas no son raras en invierno. Los especialistas con frecuencia escriben de la lluvia como el don vital de los dioses y tienden a olvidar que entonces, al igual que hoy, el principal enemigo del agricultor en el Valle de Teotihuacán no era tanto la sequía sino una helada temprana o el granizo.

La gente de la región todavía tiene el dicho de que si el maíz no brota para el día de San Juan (24 de junio), se perderá para el de San Miguel (29 de septiembre). Pero en tierra que carece de irrigación es difícil sembrar con tiempo para que la semilla germine y madure rápido; en 1979 pasé el 29 de septiembre cerca de Teotihuacán y fui testigo de una de esas heladas nocturnas inoportunas. En esta ocasión tres heladas sucesivas devastaron las cosechas, que cada siete años se pierden de igual manera.

Durante las frías noches teotihuacanas, las estrellas brillaron con una intensidad que aún puede observarse en el México rural, lejos del *smog* de la ciudad. Prevalecía un silencio atemorizante, interrumpido sólo por el ladrido de los perros (ya que los guajolotes únicamente gorjean en el día) y por el sonido de las trompetas y caracoles de los templos. En los complejos, la aglomeración de cuerpos humanos debió ser la única forma de calefacción y la mejor manera de conservarse calientes durante la noche. No había vestidos de lana y la gente ordinaria se vestía principalmente con ropa hecha de la fibra de maguey; en la época de los aztecas, se les prohibía llevar ropa acolchada de algodón, que estaba reservada para las clases superiores, pero podían ponerse ropa de piel de conejo.

Además de los esclavos, la gente ordinaria se dividía en dos categorías: artesanos y campesinos. De éstos, es probable que los primeros estuvieran en mejor situación y alcanzaran una posición más elevada gracias a sus habilidades especiales. También disfrutaban de la importante ventaja de vivir cerca de su lugar de trabajo. Debido a la concentración de gran parte de la población rural en la ciudad, muchos de los que cultivaban los campos vivían a una distancia considerable de su lugar de trabajo. Podemos imaginarnos la gran fila de gente que salía al amanecer a sus tareas cotidianas y regresaba al atardecer. Todavía se pueden ver imágenes similares en el México rural, aunque con una diferencia: actualmente nos sorprende el número de animales —cabras, ovejas e incluso bovinos— que acompaña a

los trabajadores que regresan. En los días antiguos estos animales no existían y la gente tenía que llevar por sí misma sus bienes. En la época de cosecha, debieron retornar a su hogar con el producto para el mercado sobre sus propias espaldas.

Aunque hay muchos indicios de terrenos de cultivo antiguos en forma de laderas con terrazas, no sabemos a quién pertenecía la tierra: si al Estado, a una casta hereditaria o a los propios labriegos. Hacer inferencias con base en lo que se sabe de la tenencia de la tierra azteca es pura especulación; además de otros factores, los medios ambientes de Teotihuacán y Tenochtitlán estaban lejos de ser similares.

Las numerosas redes que aparecen en las pinturas murales muestran que la caza y la pesca eran pasatiempos importantes, que ofrecieron el mejor medio de aumentar el contenido de proteínas de la comida normal constituida por frijoles y maíz condimentados con chile. Los perros domésticos y los guajolotes los comían principalmente las clases altas.

El Lago de Texcoco no sólo era rico en pescado, sino también en pájaros acuáticos y otra fauna considerada comestible. Era difícil exterminar a esta fauna del lago, pero una población del tamaño de la teotihuacana habría eventualmente agotado las existencias de animales terrestres, como los conejos y el venado; sin embargo, debieron ser más abundantes que hoy en día, cuando ya casi se han extinguido, aunque muchos pueblos de México todavía tienen nombres como Tochtepec (cerro del conejo) y Mazatepec (cerro del venado).

Las mujeres, cuando no ayudaban en los campos o cuidaban de los niños, tenían muchas otras tareas, entre las cuales la confección de ropa era de las más importantes. Ir al mercado a comprar fue otra actividad que requirió de bastante tiempo. En vista del tamaño de la zona urbana deben haber existido algunos mercados locales, aunque no se les ha descubierto.

En general la vida de la gente era monótona, si no es que austera. Pero como ocurría en muchas comunidades antiguas, esta monotonía era suavizada periódicamente por los grandes festivales religiosos, en los cuales se empleaba mucho tiempo para vestirse, bailar y cantar. Estas ceremonias, además de ser entretenidas, eran parte esencial de las vidas de la gente común. Muchas estaban relacionadas de una u otra forma con el ciclo de la vegetación y con los dioses de la fertilidad; descuidarlas habría significado poner en peligro las cosechas. En el antiguo México, la debida atención a estos ritos era tan importante en el proceso de obtención de una buena cosecha, como el acto físico de sembrar y cultivar.

DECADENCIA Y CAÍDA

Teotihuacán, después de progresar durante casi mil años, sufrió en el siglo VII d.C. un gran desastre que terminó en el colapso total. Hay evidencia abundante de que la ciudad fue saqueada, quemada y destruida en parte.

Se han encontrado señales inequívocas de fuego en muchos de los templos que se encuentran a los lados de la Calzada de los Muertos y en particular en el Palacio de la Mariposa-Quetzal, cerca de la Pirámide de la Luna. No sólo se quemaron sus techos de madera, sino que además los pilares esculpidos en torno del patio principal fueron derribados y arrojados a un gran foso. La escalera monumental de la Pirámide de la Luna fue destruida intencionalmente, en tanto que las plataformas que rodeaban la plaza fueron derrumbadas y se dispersaron sus restos. También fueron saqueadas muchas de las ofrendas enterradas enfrente de los templos principales. La gran estatua de la diosa del agua, la esposa de Tláloc (a veces descrita como su hermana), que probablemente estuvo en la Pirámide de la Luna, se encontró a una distancia de 150 metros de este monumento. En las excavaciones que se realizaron entre 1980-1982 se encontraron señales de fuego en el muro sólido de la parte posterior de La Ciudadela.

En las excavaciones de 1962-1964 se encontraron vigas quemadas de los techos de los edificios que están a los lados de la Calzada de los Muertos. Éstas dieron fechas de radiocarbono que en su mayoría van de 150 a 300 d.C. Estas fechas aparentemente no tienen sentido, ya que pertenecen a las estructuras más recientes de cada lugar, que supuestamente se construyeron con más seguridad hacia 600 d.C. que en 300 d.C. Como ya se explicó, la cronología de Teotihuacán está basada en la de los mayas clásicos, se deriva de la asociación de objetos teotihuacanos de un periodo determinado con monumentos mayas fechados, aunque ahora los arqueólogos han procurado liberarse de esta dependencia de las fechas mayas mediante fechamientos más precisos en el propio Teotihuacán. No obstante, si se añaden tres siglos a la edad estimada de los edificios de Teotihuacán III, la cronología maya aceptada —basada en jeroglíficos— también tendría que ser revisada drásticamente.

Sin embargo, existe una explicación para la aparente anomalía: en Mesoamérica se acostumbraba la construcción periódica, con frecuencia cada 52 años, de templos nuevos encima de los antiguos, que se desmantelaban y utilizaban como relleno para la estructura superior. Al interpretar sus fechas debe tenerse en cuenta que cuando el método del radiocarbono se aplica a la madera, proporciona el año —con un margen de error especificado— de muerte del árbol que la produjo. Normalmente cuando se tala un árbol y muere, su madera se utiliza casi de inmediato en algún edificio, que podrá así ser fechado, ya que cabe suponer que su construcción corresponde al año de muerte del árbol. Pero estos cálculos no tienen en cuenta la costumbre mexicana de utilizar las vigas de una estructura anterior para construir una nueva y más grande encima. Este fue con frecuencia el caso de Teotihuacán, donde los bosques cercanos habían sido talados y era difícil encontrar madera nueva; en consecuencia, es probable que las vigas de que se trata hayan sido utilizadas durante varios siglos, antes de que se les empleara finalmente en estos edificios de épocas posteriores.

Aparentemente la ciudad llegó a la cumbre de su poder en los siglos V

y vi; en algunas regiones, como Oaxaca, las influencias de Teotihuacán ya habían desaparecido en los siglos vii y viii, a los que corresponde Teotihuacán IV. Durante esta breve fase final todavía prosperó, aunque la población empezó a disminuir. Se sabe que se hicieron nuevas construcciones en la Calzada de los Muertos, pero el periodo fue menos creativo que los precedentes, y los palacios y murales más importantes pertenecen a Teotihuacán III. Por consiguiente, ahora se cree que el gran cataclismo ocurrió a mediados del siglo viii, el final de Teotihuacán IV. Después de esta fecha gran parte de la ciudad fue abandonada y su población se dispersó en asentamientos más pequeños.

Cada vez existe más evidencia de que, además de los monumentos centrales, los suburbios periféricos fueron asolados en esta época. En 1979, la arqueóloga estadounidense Evelyn Ratray excavó un pequeño palacio en la Hacienda Metepec, en las afueras de Teotihuacán. Descubrió evidencia clara de que sus ocupantes, que vivieron durante Teotihuacán IV, habían caído víctimas de un ataque armado; el palacio fue quemado y sobre sus ruinas se asentó gente que utilizaba una cerámica más bien burda, decorada con líneas onduladas, que se hizo popular después de la caída de la ciudad; abundaba, como veremos, durante los inicios de Tula. Esta información es importante y se necesita mucho trabajo adicional, tanto en el centro como en la periferia de Teotihuacán, con el fin de conocer más sobre lo que ocurrió al final y acerca de la identidad de los atacantes.

No se presentó ningún cambio climático de importancia y es difícil para el arqueólogo detectar las causas económicas del colapso que posiblemente existieron. No obstante, se sabe que en México el ambiente se empezó a deteriorar en tiempos relativamente antiguos y algunas prácticas prehispánicas tendían a producir efectos desastrosos en la ecología local. Con seguridad no es una coincidencia que cuatro sitios importantes: Teotihuacán, Xochicalco, Mitla y Tula, se encuentren en un ambiente que hoy en día está denudado, si no es que desolado. El uso excesivo de madera en Teotihuacán devastó las laderas y condujo a la erosión del suelo. Los constructores de Mesoamérica emplearon madera en volúmenes inmensos; además de los techos sostenidos por vigas se le utilizó para el núcleo de columnas y pilares, y para los dinteles de las puertas. Gran parte de esta madera no era visible; en las columnas se le cubría con mampostería y estuco, y en las vigas de los techos con una capa de barro. Además, se quemaban grandes cantidades para hacer cal. Casi siempre se utilizaba una capa de argamasa para cubrir las paredes y pisos, y se ha calculado que cientos de miles de toneladas de este material fueron utilizadas con tal fin en toda la ciudad.

La falta de animales de carga y de ríos navegables en los que pudiera transportarse la madera, limitó el acarreo desde grandes distancias; en cambio, los árboles de las tierras cercanas fueron talados de manera inmisericorde y se denudó el campo en varios kilómetros a la redonda. Hoy en día otros árboles han tomado el lugar de los destruidos hace tiempo, pero en su mayor parte son variedades del pirul, introducidas, como su nombre lo indi-

ca, desde Perú después de la conquista. Son muy decorativos por sus racimos de frutos rojos, pero la madera no sirve para nada y desde el punto de vista práctico son poco más que hierbas de gran tamaño.

Además de los daños causados por la tala, la necesidad de alimentar a una población tan numerosa condujo al uso excesivo del suelo, que como consecuencia se agotó. Como todavía puede verse en el México moderno, el maíz, si se le siembra año tras año, sencillamente acaba con el suelo; la ausencia de animales grandes no permitió que fuera mejorado con el uso de estiércol como fertilizante. Esta menor productividad también tuvo algunos efectos sociales, ya que las personas tenían que caminar mayores distancias hasta el lugar donde trabajaban por la necesidad de cultivar tierras más alejadas. También, como se exterminaron los animales de caza en las cercanías, esta actividad se hizo menos remuneradora.

No obstante, esta decadencia ecológica no puede explicar por sí sola el colapso de Teotihuacán. Gran parte de la gente pudo ser alimentada con el producto de las tierras irrigadas, menos vulnerables a las fluctuaciones estacionales y a la erosión. Además, si la ciudad todavía dominaba a la región circundante, que incluía la parte central del Valle de México con sus ricos lagos, pudo importar suficientes alimentos para compensar cualquier escasez local. Estos abastecimientos sólo pudieron estar en peligro debido a cierta debilidad militar y, por lo tanto, entre las causas probables de la decadencia el factor militar es importante.

Antes los arqueólogos e historiadores tenían una imagen más bien idílica de la era clásica de México, la consideraban como una Época de Oro que no estaba perturbada por el sonido violento de los combates. Pudieron sostener correctamente que en las formas artísticas de Teotihuacán está ausente el culto a la guerra y al guerrero, tan generalizado en tiempos posteriores. Pero si la guerra no era aún el deporte de los reyes y los príncipes, esto no significa que no hubiera guerreros o que no se combatiera. La imagen de Teotihuacán como un remanso de paz ha tenido que ser modificada a medida que pasan los años. La evidencia arqueológica sugiere que había un territorio teotihuacano sometido al control de la ciudad y es difícil imaginar cómo pudo conservarse sin algún empleo de la fuerza. Ya no se piensa en Teotihuacán como una ciudad abierta; su misma ubicación es estratégica, pues se encuentra sobre la ruta más accesible entre los dos importantes valles de México y Puebla. Además, los grandes muros de los recintos cerrados en la parte noroeste de la ciudad pudieron tener fines defensivos y el grupo de complejos amurallados descubierto por Millon pudo ser utilizado para aislar esta área del resto. Estos complejos no sólo cambian nuestra idea de la forma en que lucía la ciudad, sino que presentan nuevas dudas respecto a su verdadera naturaleza; es evidente que no era un gigante indefenso, como se le describió previamente. Cualquier asaltante habría tenido que pasar por las angostas calles mientras era agredido por la gente apostada en los techos, como le ocurrió a Cortés cuando atacó la capital azteca.

Algún tiempo después de la caída de Teotihuacán se construyó un muro burdo, parte del cual puede verse en la actualidad, que cubrió el frente de algunas de las pirámides más pequeñas que bordean la Calzada de los Muertos y cerró su acceso desde ésta. También en un momento tardío de la historia de la ciudad, se construyeron muros defensivos en la parte superior de La Ciudadela. La mayoría de estas evidencias de militarismo corresponden a la era final; y desde el siglo VII en adelante, si bien no hay escenas de batallas, aparecen figuras armadas en los murales y en las vasijas de cerámica, algunas tienen un escudo y otras un dardo o dardos cruzados. Ciertas figuras son representadas con tocados o cascos de armadura de algodón, que cubren la cabeza y la parte inferior de la mandíbula. También se han encontrado varios cientos de figurillas de barro de este periodo que representan guerreros. Los murales y la cerámica refuerzan la idea de que ya existían las órdenes militares, cuyos emblemas eran el águila y el jaguar, que serían importantes en la época prehispánica tardía.

Desde el temprano siglo III la existencia del sacrificio humano, inseparable de la guerra, está demostrada con la representación de cabezas separadas del cuerpo en las pinturas; se han desenterrado cuchillos de sacrificio, junto con cierta evidencia de canibalismo ritual y de cabezas humanas utilizadas como trofeos; estas cabezas también son frecuentes en el arte clásico. Se hallaron figurillas del dios desollado, Xipe, cuyo culto exigía sacrificios. En otros murales se muestran jaguares y águilas con objetos trilobulados abajo de sus bocas, en vez de adentro, que parecen corazones de los cuales caen gotas rojas semejantes a la sangre. Éstos recuerdan a los frisos de animales depredadores que mastican corazones humanos encontrados en Tula, cuya cultura era abiertamente militarista.

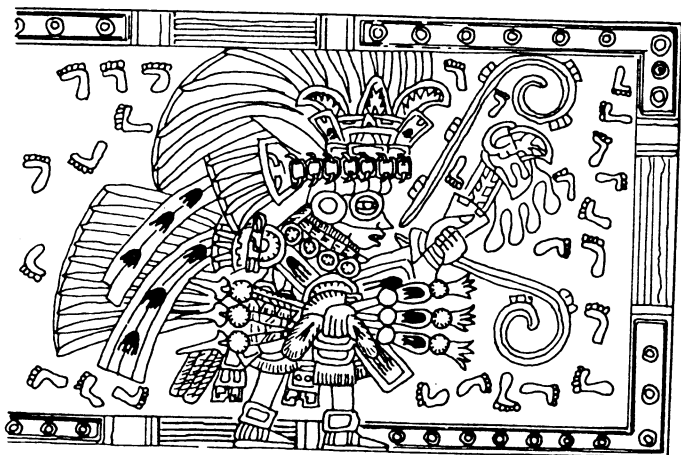


FIGURA 20. Guerrero teotihuacano en el fresco de Atetelco

En un mural de Atetelco, siete sacerdotes o dioses tienen dardos en una mano y un cuchillo en la otra. El cuchillo es muy parecido al instrumento que aparece en una pintura importante del Palacio de Zacuala, el cual está incrustado en un objeto que el historiador de arte Arthur Miller describe como un corazón o un fruto de cacto; las dos opciones significan lo mismo; al menos en las épocas tardías, el fruto rojo del cacto (*tenochtili*) era símbolo del corazón.

Ciertos murales, en apariencia de tema pacífico, pueden también interpretarse de otras maneras. Algunas de las llamadas aguas que se ven escurrir de las manos del dios Tláloc, frecuentemente tienen un color más parecido al de la sangre; en otros casos, las gotas no caen de las manos del dios, sino de sus colmillos; a menos que babeara, difícilmente puede tratarse de agua. En el extremo inferior izquierdo del famoso mural El Tlalocan, aparece la figura de un hombre cuyas manos y pies están sostenidos firmemente por otros cuatro; su cuerpo está estirado en la forma característica de la víctima azteca, y sólo falta la piedra de sacrificios.

Tales indicios de una gran atención a la guerra (y al sacrificio) son muy importantes y este cambio aparente de énfasis es crucial. En Teotihuacán (y entre los mayas del periodo clásico) se presentó más como una respuesta a presiones internas y externas. No obstante, en la era que siguió estas tendencias se reforzaron y la guerra se convirtió en una obsesión. Se ha demostrado que la tala de bosques y el cultivo excesivo de la tierra debilitaron a la economía; esto, a su vez, produjo tensiones sociales de las que se dirá más en el capítulo siguiente. En estas circunstancias cualquier esfuerzo militar sería vano, y el dominio de Teotihuacán sobre su zona de influencia se debilitó.

En el siglo anterior a su caída ningún centro fuera de su propio valle muestra evidencia de ocupación teotihuacana; también es probable que haya cesado su dominio sobre la región de Cholula. Aunque la ciudad todavía presentara una apariencia próspera y algunos artesanos siguieran desempeñando su oficio, tal prosperidad era más aparente que real en una comunidad obligada a depender nuevamente de sus propios recursos en un momento en el cual éstos empezaban a reducirse. Para este tiempo el enemigo ya estaba en las mismísimas puertas.

En el México antiguo, los pueblos sedentarios se enfrentaron al peligro constante que representaban las tribus menos avanzadas que vivían al noroeste, más allá de los límites de la civilización. Esta frontera precaria y fluctuante entre el territorio de los sedentarios y el de los nómadas, tendía a seguir la línea que separaba la tierra donde la lluvia era suficiente para los cultivos de estación, de las regiones áridas, habitadas sólo por recolectores y cazadores. En los tiempos posteriores a Teotihuacán, dicha frontera entre la tierra cultivada y la árida se desplazó hacia el sur, debido a un cambio cíclico en el clima.

El saqueo del centro ceremonial ofrece evidencia de que ocurrió algún tipo de invasión, aunque la destrucción fue tan sistemática que Millon

sospecha que los sacerdotes destruyeron sus propios templos. Una vez que el desastre fue inminente, desarrolló su propio impulso; si los enemigos exteriores no pudieron arrasar los templos, sus propios sacerdotes los dismantelaron piedra por piedra. Esta demolición selectiva, que se concentró principalmente en la Calzada de los Muertos, fue una tarea monumental. No sólo recuerda la fuerza demoníaca con que los olmecas trataron, a veces sin lograrlo, de destruir sus imágenes; en el propio Teotihuacán existía la tradición de la destrucción ritual, que se puede apreciar en los intentos de quemar los lados y el frente del Templo de Quetzalcóatl, muchos siglos antes de la caída final.

Después del gran desastre, la ciudad quedó reducida a un centro regional con una población de aproximadamente 30 000 habitantes, quienes vivían entre las ruinas, las cuales compartían con grupos más primitivos. Muchos otros se refugiaron en la región circundante, en diversas aldeas y asentamientos más pequeños.

El cronista del siglo xvi, fray Bernardino de Sahagún, en el libro décimo de su *Historia* narra un hecho que puede relacionarse con la caída de Teotihuacán, el evento más antiguo de la historia mexicana al que hace referencia una fuente escrita. No dice nada sobre las causas de la caída de la ciudad, pero describe la escena del momento en que los "sabios", los gobernantes, huyeron de la metrópoli condenada.

...[los sabios] no se quedaron con los demás [...], porque dejándolos allí se tornaron a embarcar y llevaron consigo todas las pinturas que habían traído de los ritos y de los oficios mecánicos. Y antes que se partiesen primero les hicieron este razonamiento:

"Sabed: que manda nuestro señor dios que os quedéis aquí en estas tierras de las cuales os hace señores, y os da posesión, el cual vuelve donde vino, y nosotros con él, pero vase para volver y tornar a os visitar cuando fuere ya tiempo de acabarse el mundo; y entretanto vosotros estaréis en estas tierras esperándole y poseyendo estas tierras, y todas las cosas contenidas en ellas..."*

Lo que Sahagún escribe al decir que se llevaron consigo las pinturas, puede interpretarse como una forma de destrucción ritual. Éstos eran los textos sagrados de Teotihuacán, que no tendrían sentido si se les trasladaba a otro contexto. Así, desde el principio puede buscarse un paralelo entre la palabra escrita y el registro arqueológico, que revela el desmantelamiento intencional de los templos.

El fraile continúa narrando cómo los distintos pueblos salieron de Teotihuacán, inclusive un grupo de gente de la Huasteca, que retornó a sus tierras originales en la costa del Golfo.

* Fray Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, edición preparada por Ángel María Garibay K., 6a. ed., "Sepan Cuantos...", núm. 300, Editorial Porrúa, México, 1985, p. 610. [T.]

...el *cuexteco* de pura vergüenza se fue huyendo de ellos con todos sus vasallos y los demás que entendían su lenguaje, y fuéronse hacia *Panotlan*, de donde ellos habían venido, que al presente se dice *Pantlan* y los españoles la dicen *Pánuco*.

Y llegando al puerto no pudieron ir, por lo cual allí poblaron, y son los que al presente se dicen *toueyome*, que quiere decir en indio (en mexicano) *touampohuan*, y en romance nuestros prójimos; y su nombre que es *cuexteca*, tomáronlo de su caudillo y señor, que se decía *Cuextécatl*.*

Algunos pueblos, que Sahagún llama "toltecas" o "nahuas", salieron en dirección del noroeste árido, del que, según su relato, estaban destinados a regresar algún día.

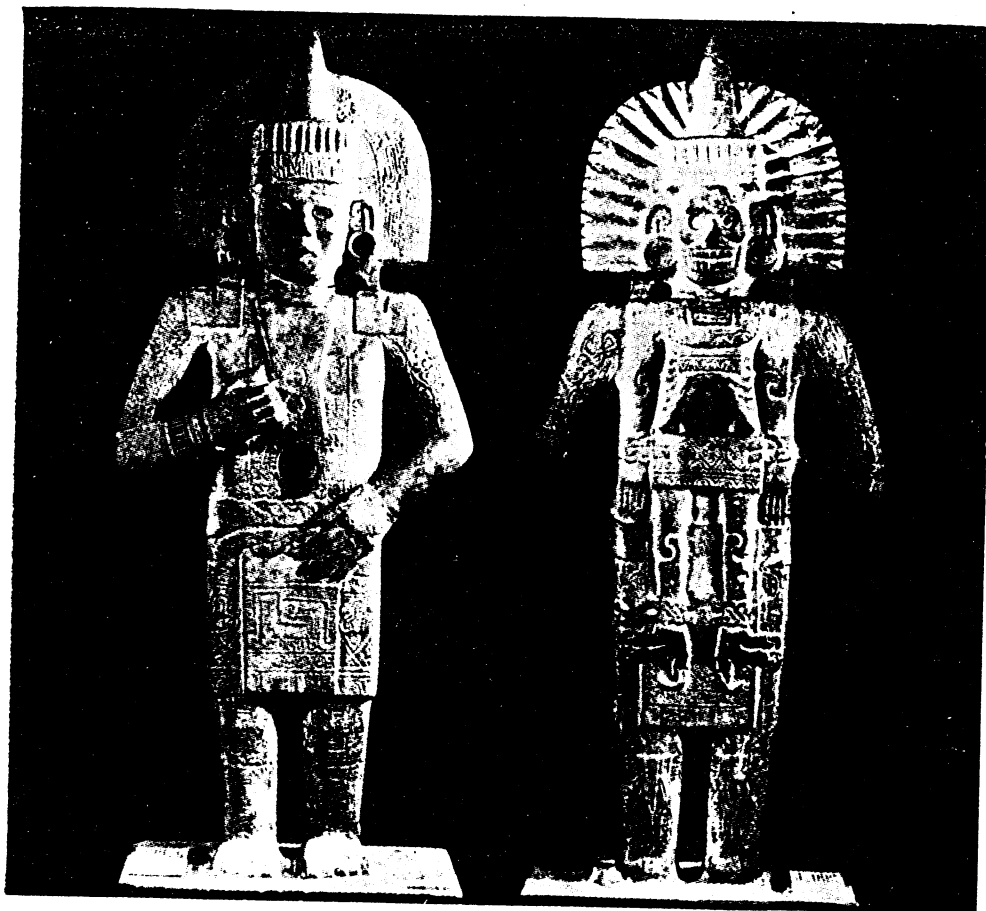
...Y las demás gentes, como los *toltecas*, y los mexicanos o *nahuas*, y todos los otros, prosiguieron su camino por los llanos o páramos para descubrir tierras. Cada gente, o familia, yendo con su dios que les guiaba.

Y de cuánto tiempo hayan peregrinado, no hay memoria de ello. Fueron a dar en un valle entre unos peñascos, donde lloraron todos sus duelos y trabajos porque padecían mucha hambre y mucha sed...**

Los estudios modernos y las metáforas antiguas recalcan el impacto del colapso, cuyos efectos se dejaron sentir en todo el México antiguo. El poder se desmoronó y la economía se enfrentó a la ruina al interrumpirse las principales rutas de comercio. La demanda de bienes suntuarios confeccionados para los nobles teotihuacanos disminuyó con rapidez y la riqueza obtenida de este comercio desapareció de la noche a la mañana. A estos trastornos les siguió una crisis espiritual que tuvo efectos materiales; cuando la ciudad perdió su aureola religiosa, dejaron de visitarla los peregrinos que, como el turista moderno, contribuían positivamente al balance comercial. La caída de Teotihuacán, a semejanza de la de Roma, tres siglos antes, dejó tras de sí un mundo en desorden, cuyas ciudades sobrevivientes parecían planetas que giraban en torno a un sol apagado.

* *Ibid.*, p. 612. [T.]

** *Ibid.*, p. 613. [T.]



Vista anterior y posterior de una deidad de piedra (158 cm de alto). Tiene tatuajes en todo el cuerpo y lleva a cuestas un demonio con calavera y garras de águila en los pies. (Huasteca; Chilitujú, Estado de San Luis Potosí)



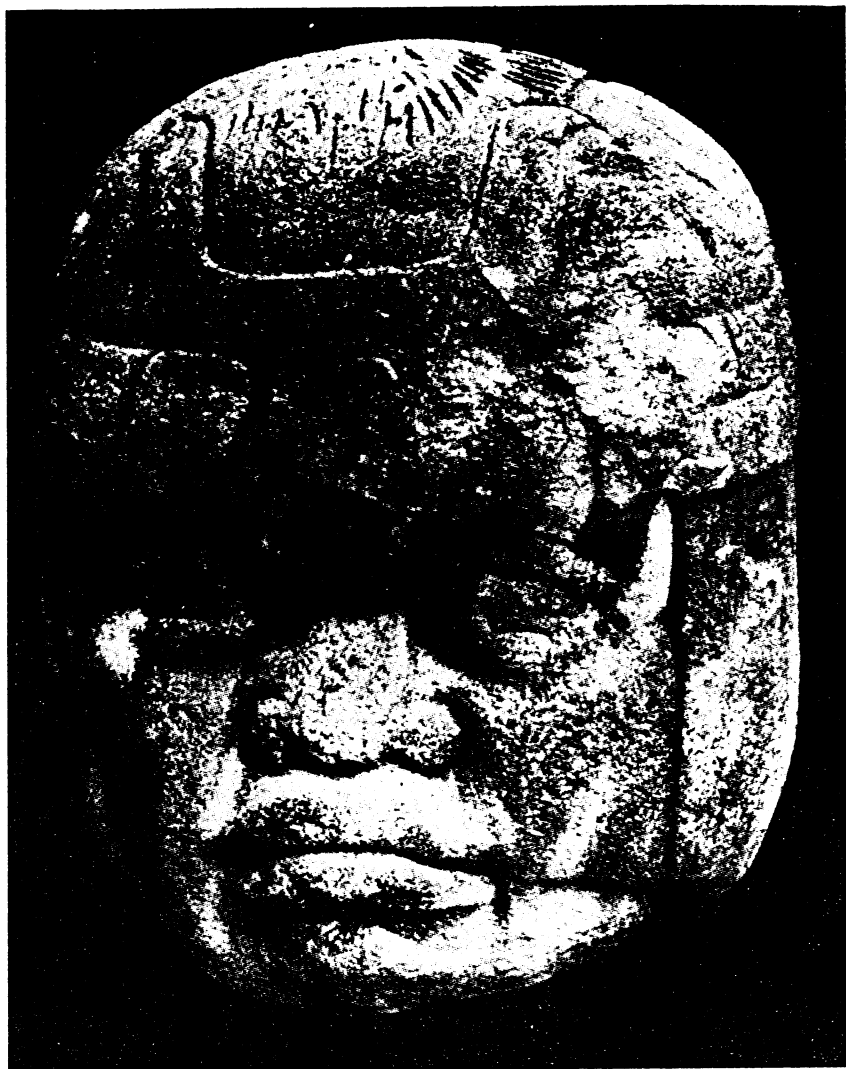
Recipiente de barro en "forma de tetera" con pintura roja y negra sobre fondo blanco. El rostro humano en la parte posterior, con las ranuras en los ojos y la boca abierta, representa la piel que se desollaba a los enemigos muertos. (Huasteca; Tanquian, Estado de Veracruz)



a) Vasija-figura de la cerámica *plumbate*: tapir con cabeza humana en el hocico (Alta Verapaz, Guatemala)

b) Vasija-figura de la cerámica anaranjada delgada: armadillo (San Rodrigo Aljojuca, Estado de Puebla)





Cabeza monumental de basalto (2.70 m de alto). (Olmeca; La Venta, Estado de Tabasco)

a) Figura antropomorfa de jade. (Olmeca)



b) Figura de piedra verde. (Olmeca)

a) Cabecita de jade. (Olmeca; probablemente Estado de Tabasco)



b) La misma; vista lateral con una cabeza estilizada de jaguar grabada



Estatuilla de jade de una burda figura con una especie de pico de pato (17 cm de alto). Al frente, una inscripción (véase arriba a la izquierda) que representa la fecha del año 162 d. c. (Olmeca; San Andrés Tuxtla, Edo. de Veracruz)



a) Lápidas de piedra arenisca con relieves de "danzantes". (Olmeca; Monte
• Albán, Estado de Oaxaca)

b) Relieve en uno de los lados de un altar de basalto con figuras sentadas:
hombres con niños en los brazos. (Olmeca; La Venta, Estado de Tabasco)



Máscara olmeca de jadeíta



Busto olmeca de una anciana



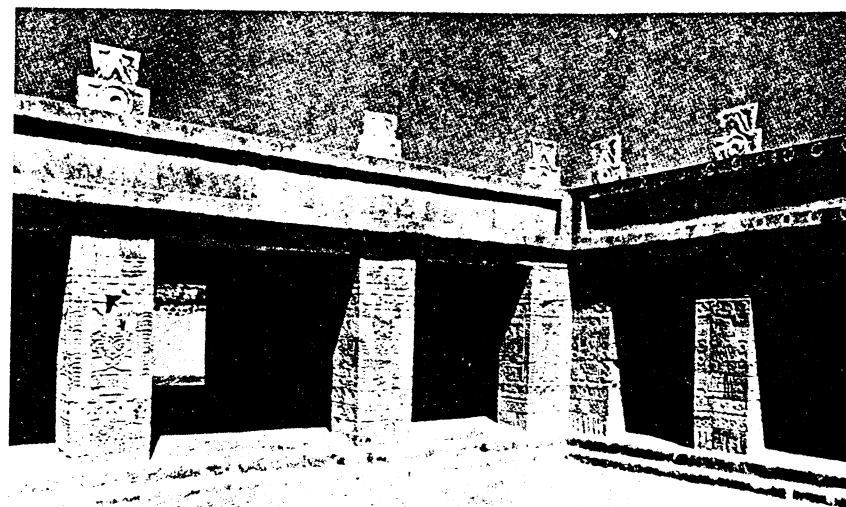
Figura olmeca de pie



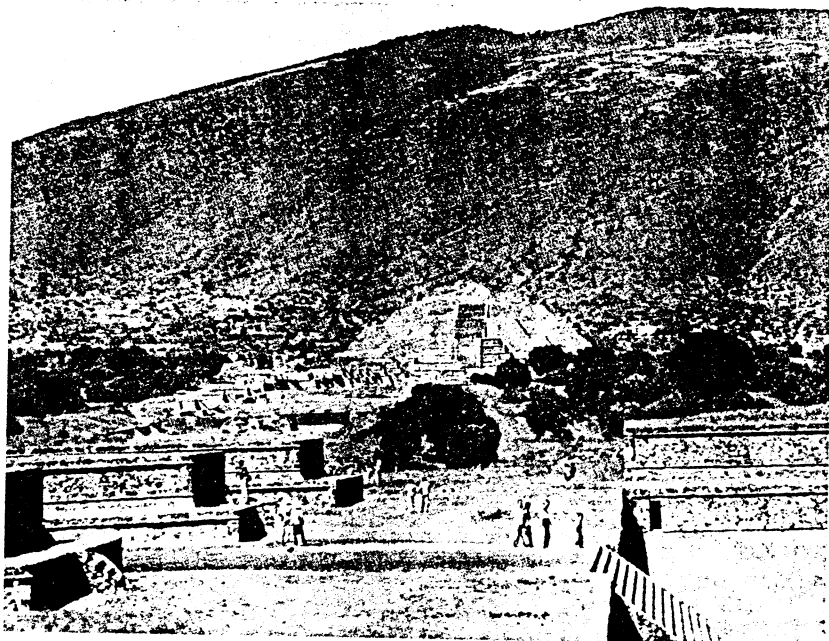
Vaso trípode teotihuacano



Pendiente olmeca de una figura contorsionada



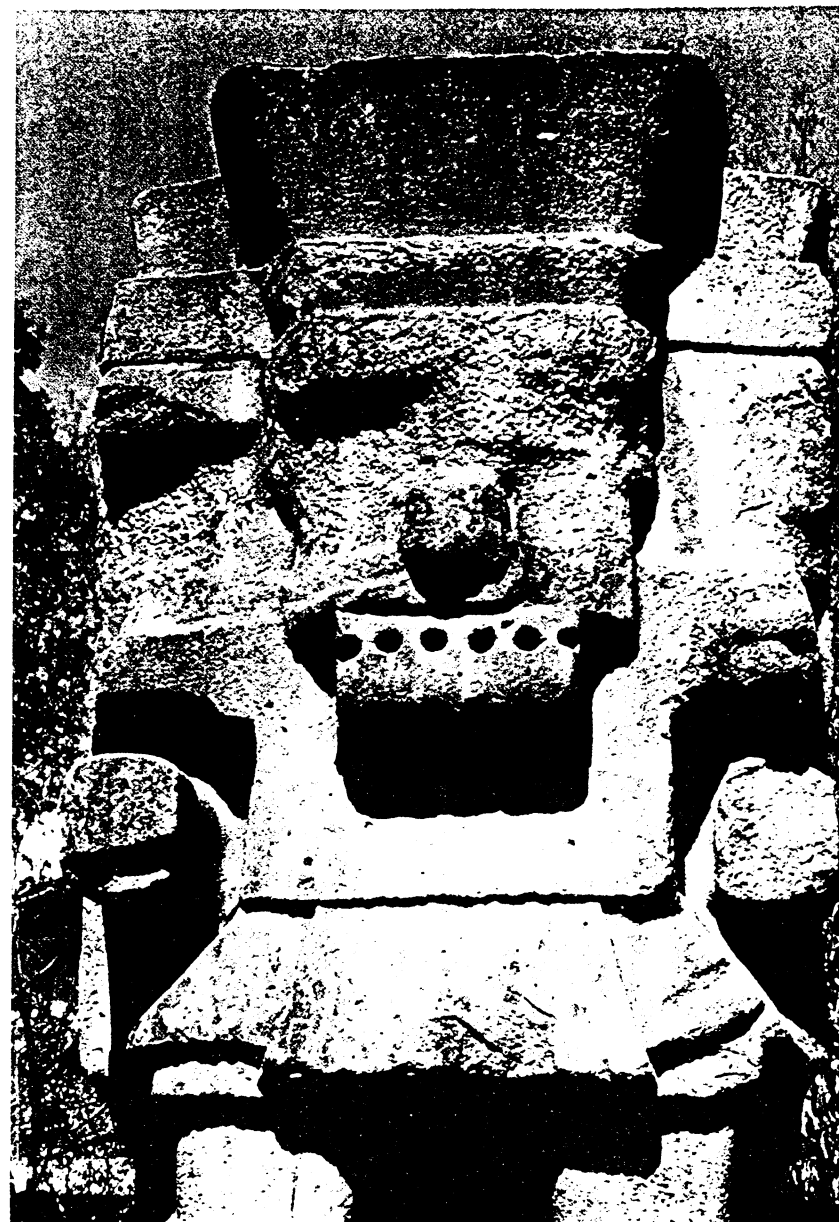
Patio del Palacio de la Mariposa-Quetzal, Teotihuacán.



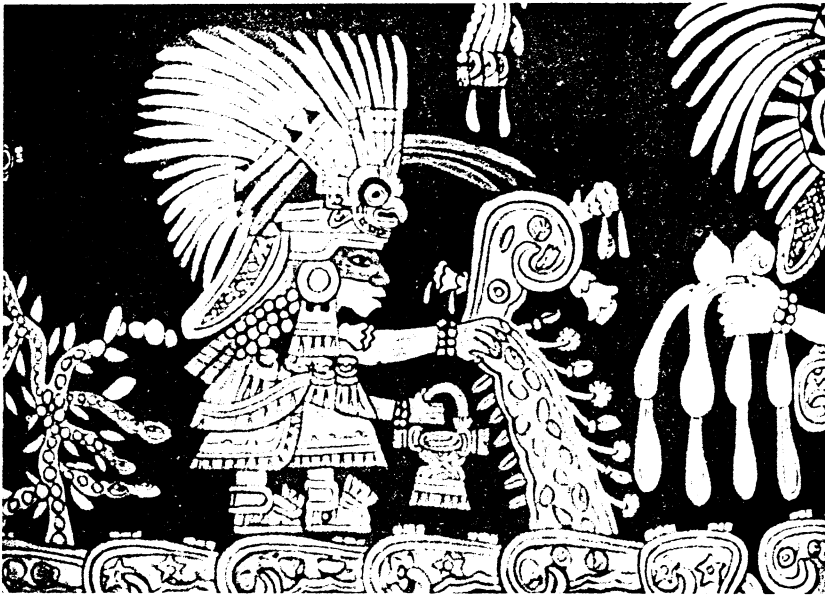
Pirámide de la Luna, Teotihuacán



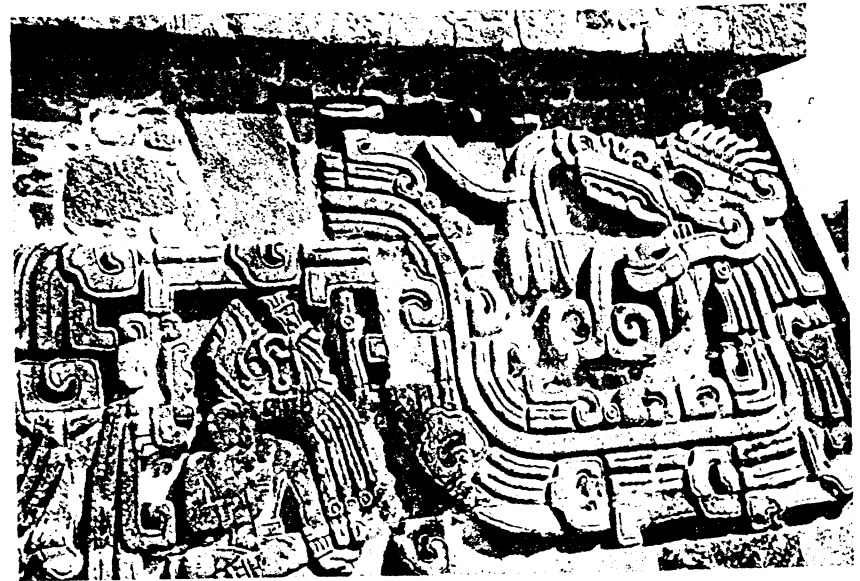
Cabezas de serpiente del Templo de Quetzalcóatl, Teotihuacán



Estatua teotihuacana, probablemente Chalchiuhtlicue, diosa del agua que se encuentra en la entrada del Museo Nacional de Antropología en la ciudad de México



Detalle de un mural en el Palacio de Tepantitla, Teotihuacán



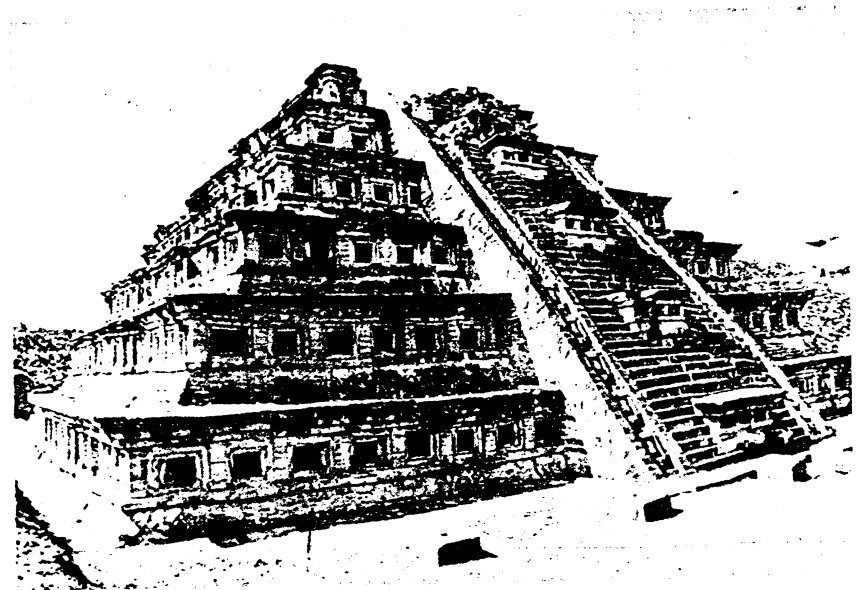
Detalle del relieve del Templo de Quetzalcóatl, Xochicalco



Máscara teotihuacana, de piedra



Hacha de piedra de El Tajín



Pirámide de los Nichos, El Tajín

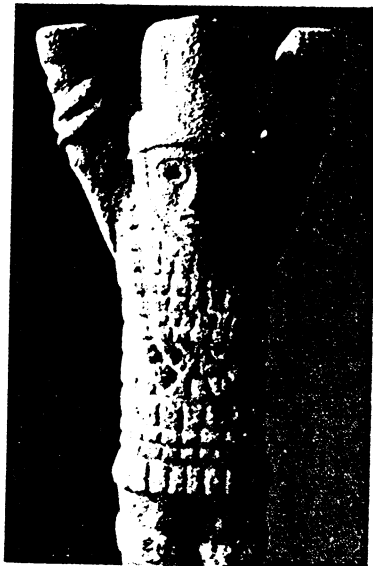


Figura de un telamón de Tula



Escultura de jaguar de Tula



Relieve tolteca de un jaguar



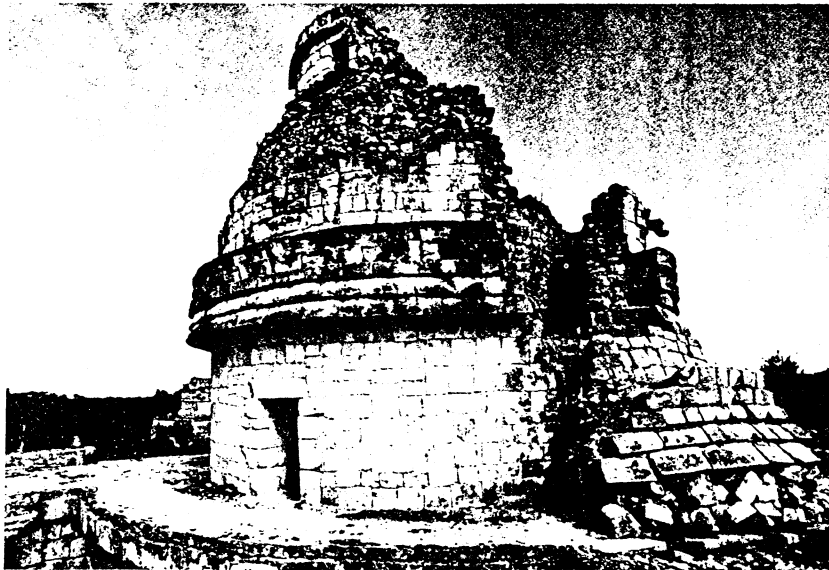
Estatua de jaguar en el Museo de Tula



Atlantes de Tula



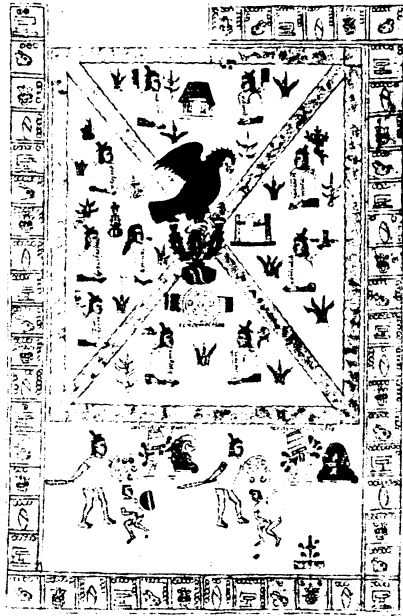
• *Atlantes de Chichén Itzá*



El Caracol de Chichén Itzá



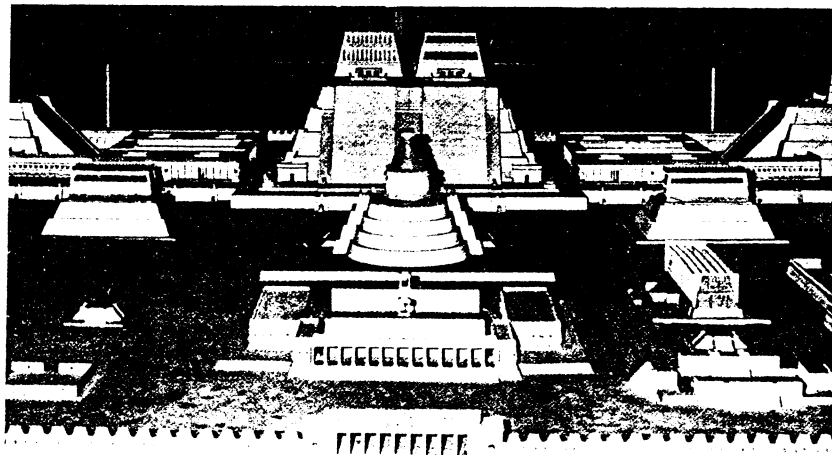
Chac mool, Chichén Itzá



La fundación de Tenochtitlán según el Códice Mendocino. En el centro, rodeada por diez caudillos mexicanos, el águila desciende de un nopal



Plano de Tenochtitlán que tradicionalmente se atribuye a Hernán Cortés



Maqueta del centro ceremonial de Tenochtitlán. Al fondo está el Templo Mayor



Mono que lleva la máscara con pico de pato de Quetzalcóatl



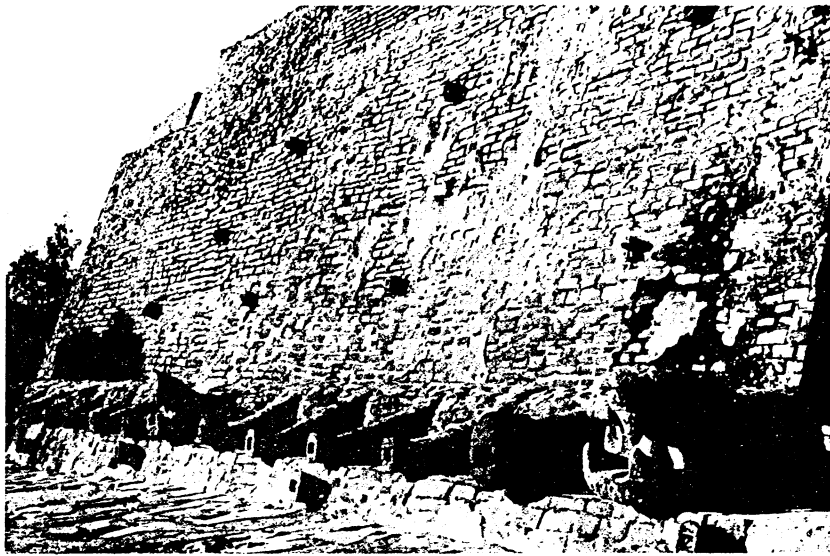
La diosa Coatlicue, madre de Huitzilopochtli



Conejo azteca



La diosa Tlazoltéotl



El Muro de las Serpientes en la Pirámide de Tenayuca



Lista de tributos aztecas en el Códice Mendocino



Macehual o campesino sentado



Detalle de una serpiente en Tenayuca



Detalle de la Piedra de Tizoc



Jaguar del Templo de los Caballeros Águilas y Jaguares en Malinalco



Vasija de ónix azteca

Tenochtitlan.



El primer encuentro entre Moctezuma II y Hernán Cortés, tal como se muestra en el Lienzo de Tlaxcala



Españoles que combaten con los indios, según la Historia de Durán